

ANGEL RODRIGUEZ KAUTH

350 DÍAS EN LA MALDITA MILICIA



El libro escrito en tercera persona no es más que una ajustada reseña de lo que el autor debió vivir a su paso por el servicio militar obligatorio.

Nada de lo que en él se relata es falso, todos los dichos expresados pueden ser ratificados por aquellos a los que nos tocó la desgracia de estar adentro de un cuartel.

A los que hicimos la mili les puede servir para refrescar recuerdos ingratos.

A los que se salvaron, o a los jóvenes, el libro les podrá servir de diversión.

350 DÍAS EN LA MALDITA MILICIA
ANGEL RODRIGUEZ KAUTH

TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy

Diseño de tapa y diagramación: Mariana Battaglia

Rodríguez Kauth, Angel

350 días en la maldita milicia / Angel Rodríguez Kauth. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Topía Editorial, 2016.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4025-04-3

1. Servicio Militar. 2. Memoria Autobiográfica. 3. Historia Argentina. I. Título. CDD A863

© Editorial Topía, Buenos Aires 2016

Editorial Topía

Juan María Gutiérrez 3809 3º "A" Capital Federal

e-mail: editorial@topia.com.ar

revista@topia.com.ar

web: www.topia.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

350 DÍAS EN LA MALDITA MILICIA

ANGEL RODRIGUEZ KAUTH

TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy

Angel Rodriguez Kauth es Doctor en Psicología. Hace más de 45 años Profesor Titular Exclusivo en la U. N. de San Luis (salvo el período de la última dictadura militar). Hoy es Profesor Consulto Extraordinario de la UNSL. Ex Profesor en otras Univ. Nac. y desde 1997 hasta 2002 fue Catedrático Visitante en el doctorado en Ps. Social de la Fac. de Cs. Políticas y Sociología (Univ. Complutense, Madrid). Publicó los siguientes libros: “*Psicología de las Actitudes y Estructuras Cognitivas*” (Ed. Universitaria, San Luis, 1987); “*Psicología Social, Psicología Política y Derechos Humanos*” (Ed. Topía, 1992); “*Psicología de la Hipocresía*” (Ed. Almagesto, 1993); “*Lecturas Psicopolíticas de la Realidad Nacional desde la Izquierda*” (CEAL, 1994); “*José Ingenieros*” (Almagesto, 1996); “*La Tolerancia*” -con Mabel Falcón- (Topía, 1996); “*Lecturas y Estudios desde la Psicología Social Crítica*” (Espacio, Bs. Aires, 1997); “*De la realidad que vivimos... y otras cosas*” (Red de Ed. Universitarias, 1997); “*Temas y Lecturas de Psicología Política*”, (Editores de Am. Latina, 1998); “*Aguafuertes del Fin de Siglo*” (Almagesto, 1998); “*El Discurso Político; la caída del pensamiento*” (Espacio, 2000); “*La calvicie de la peluca moral*” (Amertown International, Miami, 2001); “*Lecturas sociopolíticas de los últimos diez años*” (e-libro.net. 2001); “*Sombras nada más, o crónicas del tiempo perdido*” (Heterogénesis, Lund); “*Vida cotidiana: psiquismo, sociedad y política*” (Ed. Tórculo, Compostela, 2001); “*El miedo: motor de la historia individual y colectiva*” (Ed. Complutense, Madrid, 2003); “*Elementos de economía para trabajadores de la salud mental*” (Topía, 2004); “*Elementos de macroeconomía*” (Ed. Cooperativas, 2005); “*Arte política y sociedad*” (Ed. Complutense de Madrid, 2006); “*Psicología del espionaje y psicología de los espías*” (Ed. Colección Cuadernos, Bs. Aires, 2011) y “*Psicosociología*

de la hipocresía” (Koyatun, Bs. Aires, 2012). En prensa *“Divagaciones de un viejo ateo militante”* (Topía) y *“Psicología y economía, desde la psicología política”* (Koyatun). En colaboración: *“Psicología Social Latinoamericana”*, compilado por G. Marín, (Trillas, México, 1975); *“Psicología Política Latinoamericana”*, comp. por M. Montero, (Ed. Panapo, Caracas, 1987); *“Dominación social y subjetividad”*, comp. por Teresita Cordero (Ed. Univ. Costa Rica, 1996); *“Psicología Política”*, comp. por L. Oblitas y A.R.K., (Plaza y Valdés, México, 1999); *“Psicología Social”*, comp. por F. Morgado (Ed. Pearsons Education); *“Otra psicología es posible”* comp. por Psicólogos sin Fronteras, Madrid (Ed. Cooperativas, 2006); *“Entre dos siglos”* comp. por Iniciativa Socialista, Madrid 2006); *“Claves de la Argentina del Siglo XXI”* comp. Rodolfo Parisí (Ed. Cooperativas, 2006); *“A la izquierda de Freud”* (Ed. Topía, 2009); *“Psicología del espionaje y psicología de los espías”* (Ed. Colección Cuadernos, Bs. Aires, 2011); *“Psicosociología de la hipocresía”*. (Ed. Koyatun, Bs. Aires, 2012); *“¿Porqué dios? La necesidad del ateísmo”*. (Ed. Topía, Bs. Aires, 2013); *“¿El crimen perfecto?”* (Página web topía.com.ar. Bs. Aires, 2013) y *“Psicología y economía desde la psicología política”* (Koyatun, 2013). Ha publicado más de 460 artículos en Rev. de Psicología, Sociología, Criminología, Política, Filosofía, Pedagogía, Historia, Economía, Arte y Teología. Durante la última dictadura cívico-militar-clerical le fueron secuestrados de dos editoriales (De la Flor y R. Alonso) el original de *“Estructura y dinámica de los medios de comunicación de masas”* y *“Psicología del delincuente”*.

Investigador Categoría “1” en el Programa Nacional de Incentivos a la Investigación.

Dirección postal: Chacabuco 446 - (5700) San Luis - Argentina. Tel.: 266-4425346

e-mail: akauth@unsl.edu.ar

ÍNDICE

Prefacio

Capítulo 1

ESPERANDO A SER INCORPORADO

Capítulo 2

LA VIDA EN SAN LUIS POR LOS AÑOS SESENTA

Capítulo 3

LA INCORPORACIÓN A LA COLIMBA

Capítulo 4

LOS SIGUIENTES DÍAS EN EL CUARTEL

Capítulo 5

UN BAILE QUE HIZO HISTORIA

Capítulo 6

LOS ACOMODOS DE LOS OTROS... Y EL DE ANTONIO

Capítulo 7

EL DERROCAMIENTO DEL PRESIDENTE FRONDIZI

Capítulo 8

UN NUEVO DESPELOTE MILITAR

Capítulo 9

OTRA EXPERIENCIA DIVERTIDA EN
UN ALZAMIENTO MILITAR

Capítulo 10

UN ARRESTO POR UNA PUTA CARTA

Capítulo 11

EL SUBTENIENTE MALDONADO

Capítulo 12

LA BAJA DE LA MILI

*Al ignoto soldado
Omar Carrasco,
gracias a quien,
debido a su vil asesinato, el ex
Presidente Carlos Menem
realizó su único acto elogiado al
eliminar la Ley del maldito
Servicio Militar Obligatorio.*

PREFACIO

El título de este libro puede parecer algo escatológico o, mejor dicho, bastante maleducado para la pacatería de la llamada clase media -por lo mediocre- que tiene la tonta costumbre de escandalizarse y erizar su pelambre ante el uso de palabras que hagan referencia a cuestiones que estén relacionadas con la parte final del intestino grueso.

Sin embargo, pese a que me importa un carajo lo que piensen o expresen esos individuos sobre este relato que es “casi” autobiográfico. Por tal razón no tengo otra forma de referirme al tiempo -en algunos casos más días y, si se tenía un poco de suerte, algunos menos- que se perdía cumpliendo con el maldito Servicio Militar Obligatorio, el que durante más de 90 años sirvió para torturar y hacer imposible la vida de millones de ciudadanos argentinos.

CAPÍTULO 1

ESPERANDO A SER INCORPORADO

Antonio Anadeo Acosta, sí, así con una triple A de iniciales, que para los años '60 no tenía la más pálida idea de lo que algo más de una década después podría llegar a significar política y criminalmente en su país; aquella organización de la Triple A que lo tendría a él también como una víctima más de esa siniestra organización, la que fue diseñada por la mano derecha de Perón, el “brujo” López Rega.

Antonio era un pibe común y corriente para la época que había nacido, en marzo de 1941, y que por diferentes razones -que no vienen a cuento en este momento- terminó recalando a sus primaverales 19 años con sus huesos en la mediterránea ciudad de San Luis. Lo hizo para comenzar sus estudios universitarios en la carrera de Psicología. Y he dicho que recaló con sus huesos -y esto no fue una metáfora- fue así porque Antonio era un muchacho flacucho, que solamente pesaba algo más de 70 kilos y que medía un poco más de un metro 86, parecía un esqueleto viviente al que le gustaba jugar al fútbol.

Para aquella época todavía estaba vigente la ley N° 3948, que es la que establecía el servicio militar obligatorio para todo joven argentino con más de veinte años que no estuviese incapacitado física o psíquicamente o -lo que era más común de lo que se cree- que no estuviera acomodado con un funcionario judicial que estuviera en el fuero federal o que tuviera algún médico militar amigo -ya fuese de él o de alguien que lo acomodara- y que el médico lo declarase incapacitado para el Servicio Militar, con lo cual se salvaba de la obligación.

El primero -el funcionario judicial- podía lograr que pasara a figurar en las listas de enrolamiento como único sostén de familia, o alguna manganeta parecida; mientras que el segundo -el médico- podía hacerlo pasar como incapacitado aduciendo que el joven candidato a recluta padecía, por ejemplo, algo tan peligroso para entonces como lo era el Mal de Chagas.

Vale aclarar que la citada Ley fue dictada en 1901 para que los jóvenes reclutados a cumplir con el Servicio Militar Obligatorio fueran ciudadanos que gracias a aquél tendrían la posibilidad de adquirir una disciplina férrea, a la vez que aprender el manejo de las armas de guerra para defender la soberanía del suelo Argentino. Con el fin de cumplir con el objetivo patrioterico con que se dictó la mencionada Ley los jóvenes debían dejar sus trabajos -o sus estudios- interrumpiendo así su cotidianeidad para aprender a defender a la patria... aunque otros -y en particular los oficiales de las Fuerzas Armadas- la entregaran por chaucha y palitos al mejor postor extranjero. Pero esto son cinco centavos aparte para lo que tenemos que contar de las aventuras y desventuras de Antonio en la colimba.

Buena cantidad de los muchachos que pasaron por la milicia no pueden dejar de recordar los excesos a los que fueron sometidos. Esto es no sólo por haber sido reclutados contra su voluntad, por el desarraigo hogareño y, sobre todo, a causa que debían cumplir con trabajos como correr (Co), limpiar (Lim) y barrer (Ba), de ahí lo de Colimba. O asistir a los caprichos de sus superiores y hasta el de las mujeres de aquellos. Por lo cual el imaginario que recorría la mentalidad de la juventud -durante las primeras décadas del Siglo XX- fue que la milicia era una suerte de infierno en la tierra que había que transitar sí o sí, caso contrario se convertían en desertores.

Y esto era mucho peor, ya que la Justicia Militar castigaba a los desertores con un recargo de varios años en alguna guarnición perdida allá en la lejanía de los inhóspitos desiertos de la Patagonia austral, en cuya inmensidad era más fácil encontrar un rebaño de ovejas que a una persona.

Más volvamos a Antonio y su juventud y entonces será preciso señalar que era un muchacho al que para la década del '60 le gustaba jugar al fútbol y esto lo hacía en cualquier puesto -delantero, defensor o arquero- y lugar

donde se pudiese patear una pelota. En realidad lo que Antonio más quería era ser delantero ya que para él “goles son amores y no buenas razones”, su ídolo -como buen fanático de River- era Angelito Labruna y por eso pretendía jugar de entreala -o insider, como se decía por entonces- izquierdo, pero nunca le salieron los quiebres de cintura de aquella célebre figura del equipo de sus amores cuando entraba endiabladamente al área rival esquivando defensores rivales y haciendo terminar la pelota en la red. Pero había un problema mayúsculo al de su incapacidad para el quiebre de cintura, a Antonio no le salía bien eso de patear con el pie izquierdo. Para ser francos, la zurda la tenía de palo y para lo único que le servía era para apoyarse, esto pese a que desde chico se había pasado -y perdido- horas pateando con esa pierna contra una pared para entrenarla... pero nada, no lograba embocar más de dos de diez en el pequeño arquito pintado en el muro que le devolvía la pelota como con bronca por ser tan pata dura. Pero si en los picados del barrio lo mandaban a cubrir el arco -o la portería, como le llamaba un galleguito amigo- lo hacía con gusto, tratando de imitar a su otro ídolo que era nada menos que el legendario Amadeo Carrizo en aquel puesto y esto de atajar no lo hacía nada mal ya que era un flaco con mucha elasticidad que se lanzaba sin temor a los pies de los rivales que entraban al área chica.

Como sería el fanatismo que tenía Antonio por jugar al fútbol que valgan un par de ejemplos como ilustrativos. Él tenía una motocicleta -una Zanella Ceccatto y que era algo que todavía no sabía hasta que punto le iba a ser de utilidad en la colimba- de 100 centímetros cúbicos que usaba para ir y venir de un lado a otro y a las 3 de la tarde -cuando salía de su casa para asistir a clases en la Facultad- más de una vez se detenía a la vuelta de su casa -en donde había una canchita de fútbol- y si en ese momento había un picadito en el potrero de pura tierra y pedregullo, entonces retornaba a la casa de sus padres, se ponía unos pantaloncitos cortos y zapatillas para correr a sumarse al juego... total siempre había alguna compañera que le iba a pasar los apuntes del primer módulo de clase y, si el partidito estaba lindo, también se perdía los que daban durante el segundo módulo.

El segundo ejemplo es similar al primero; resulta que atrás del edificio de la Facultad también existía un terreno de arena con grava que muchos estudiantes -y también docentes jóvenes- usaban para jugar algún partidito y si Antonio llegaba a estacionar su moto mientras había un picado y le decían que había lugar para uno más, entonces dejaba la moto, se arremangaba los pantalones largos, dejaba el saco a un costado metiendo la corbata rápidamente en uno de los bolsillos -en aquella época los alumnos tenían la mala costumbre de asistir a clase con saco y corbata- y poniendo a un lado su portafolios se metía de lleno a correr por la “cancha” en el puesto que le asignaron. Y después de un par de horas de jugar y correr terminaba recomponiendo su atuendo -previo acudir a uno de los baños del subsuelo de la Facultad para sacarse el olor a chivo lavándose al estilo polaco (bolas, patas y sobaco)- recogía su portafolio o el bolso con los apuntes y se iba tranquilamente a tomar clase en el piso superior.

A Antonio también le gustaban las minas -aunque en este tema era bastante selectivo, ya que no se largaba con cualquiera sino solamente con aquella que le gustara, con la que lo calentara-, asimismo le agradaba salir a bailar, y no sólo los fines de semana, con sus compañeras de Psicología, sino también lo hacía con las chicas que estudiaban Bioquímica. En aquella época las pibas de Bioquímica eran mucho más liberales y no tenían problema alguno para disfrutar de los placeres sexuales como les viniesen en ganas, eran muchachas muy gambas para la joda, a diferencia de sus compañeras de Psicología que se hacían las “estrechas”. En realidad, las pibas de su carrera fueron cooptadas por unas compañeras clericalotas y chupacirios que las tenían bajo sus garras, haciéndoles creer que todo lo que hicieran sexualmente era pecado y -en parte- tenían razón, ya que a Antonio le interesaba mucho pecar, sobre todo con un par de aquellas muchachas, aunque para él coger no era pecado, sino que era de lo más placentero. Pero sus compañeras no opinaban igual y eran estrechas de gambas, esto por culpa de los curas del obispado que las habían convencido en la virtud de llegar vírgenes al matrimonio.

Pero no todo era fútbol y joda con las minas en la vida de Antonio, también era un apasionado de la lectura durante las noches en que no salía de parranda. Aunque no era fanático en los temas de psicología, prefería leer todo lo que llegara a sus manos, especialmente los temas de historia argentina y universal, a las que acompañaba con lecturas filosóficas y especialmente las políticas; de estas últimas le dedicaba atención sobre todo a las lecturas internacionales ya que era comunista por definición, aunque todavía no por afiliación, debido a que sin ser trotskista se oponía de lleno al stalinismo que imperaba en la Unión Soviética y desde donde se pretendía manejar a la voluntad arbitraria de los dirigentes moscovitas a todos los partidos comunistas del resto del mundo.

Además, Antonio tenía un trabajo a destajo y así durante el horario de la mañana lo aprovechaba para vender libros, especialmente a los bioquímicos y a los estudiantes de esa disciplina como así también a algunos médicos que trabajaban en la Facultad; con este quehacer a destajo se ganaba sus buenos mangos que le permitían mantener sus gastos sin necesidad de tener que pedirles guita a sus viejos.

Pues bien (o para mal, según lo sentía nuestro protagonista) un año después de aquella dulce joda, le llegó la hora del sorteo para cumplir con el servicio militar. El mismo se hacía por la Lotería Nacional y la mayoría de los jóvenes en edad de ser sorteados seguían las alternativas de lo que ocurría con una oreja pegada a un receptor de radio, ya que según coincidieran los últimos tres dígitos de su Libreta de Enrolamiento podría “salvarse” de la colimba si estos entraban en la categoría de “números bajos”. ¿Quién sabía cuál iba a ser un número bajo? Nadie, esto solamente dependía de la cantidad de efectivos que tanto el Ejército, la Armada o la Aeronáutica necesitasen entre sus conscriptos como para completar la plantilla de empleados -o sirvientes-baratos que no pagaban ellos, sino el esfuerzo fiscal de todos los habitantes con su participación en el presupuesto anual de la Nación.

El día del sorteo Antonio se sentó en el comedor de su casa al lado del aparato transmisor de radio con el fin de seguir las alternativas del sorteo y

esperar que salieran sus tres últimos números y oír con devoción el resultado de aquél y, después de más de dos horas -sin levantarse de la silla ni siquiera para orinar- escuchó que el número de su Libreta de Enrolamiento coincidía con el 537. Esto le produjo una sensación ambivalente, por un lado lo afligió no haber sacado un número como el 001, ya que con el que le había salido sorteado estaba seguro que no escaparía a la maldición de Tutankamón, que era la de tener que vestir un uniforme militar por la sola voluntad caprichosa de los milicos. Pero, por otro lado, se consoló con la seguridad que no era un número tan “alto” como para ser reclutado por la Aeronáutica y, mucho menos, para la Marina de Guerra, con lo cual se salvaba de tener que pasarse alrededor de dos años metido “adentro” de un barco, o en alguna oficina de los marineros, o en una Base Naval en el sur del país.

Ahora solamente le quedaba esperar a que el correo -no matemos al cartero- le trajera la cédula de incorporación para presentarse en el Regimiento más cercano a su domicilio para que los médicos del Ejército le hiciesen la revisión médica. Y la notificación le llegó días más tarde -cosa que no le hizo la menor gracia- y ahí pensó que en la revisión médica podía tener alguna oportunidad de esquivar su compromiso “para con la patria”. Es que esa era su última posibilidad de salvarse a la incorporación, ya que Antonio había notado que su testículo izquierdo era algo más alargado que el derecho. En consecuencia no perdió tiempo en averiguar que es lo que era eso con un médico amigo -que había sido profesor suyo de Anatomía y con el cual trabó una larga y fructífera amistad- y que le dijo que se trataba de una varicocele, algo muy común, pero si conseguía tener un médico militar que le diera una mano lograría que a lo mejor lo salvaba de hacer la temible colimba que le haría perder un año de su vida.

Y así fue que rápidamente averiguó con sus compañeros de bioquímica que un profesor de aquella carrera era a la vez Capitán médico del Ejército en el Regimiento de artillería que estaba en San Luis; simultáneamente con sus requisitorias a sus amigos se enteró que ese tipo era muy asequible y amiga-

ble. De tal manera que llegó el momento de buscar a ese sujeto que -como todo médico que se precie- siempre andaba con un guardapolvo blanco, aún cuando diera clase teórica.

Sin perder tiempo esperó a encontrar a ese médico alto y pelado en el hall de la Facultad y, cuando lo encontró, sin miramientos se le presentó ante él y -rápidamente- lo encaró contándole que pronto sería convocado para la revisión médica y que “padecía” de aquél defecto detectado en su testículo izquierdo. El médico grandote lo escuchó sonriendo y sin más le dijo que eso no era una pavada y que con ese diagnóstico él podía eximirlo de la colimba, pero -a la vez- le explicó que en el galpón donde revisaban a los ciudadanos convocados todos los muchachos estaban en pelotas y -por esa razón- sería muy difícil que él lo reconociera en tal circunstancia. Esto produjo una enorme desazón en Antonio, más ese médico grandote, llamado Pereyra, rápidamente le devolvió el alma al cuerpo al decirle que cuando llegase el momento que lo estuviera revisando le dijese al oído:

-“Doctor, yo soy el del huevo izquierdo de la Facultad”,

Y entonces él, sin más trámite, le firmaría la ficha médica en rojo, es decir, como no apto para el servicio militar.

Con esta afirmación Antonio bailaba en una pata y ya se veía eximido de una obligación que no le causaba gracia alguna, no sólo porque quería ser libre al año siguiente, sino también debido a que, como era comunista, no quería participar en las seguras represiones a los trabajadores que eran de rigor para aquella época. Al respecto no podía dejar de recordar las anécdotas que le contaba un amigo mayor que él que estudiaba química y bioquímica -se trataba del “Gringo” Giordano- quien hizo la colimba bajo la vigencia del Plan Conintes (Conmoción Interna del Estado) que fue dictado originariamente por Perón el día mismo en que fue derrocado en septiembre de 1955. Pero a ese Decreto recién lo puso en vigencia el Presidente constitucional Arturo Frondizi en 1960 y así fue que el “Gringo” le relataba que tuvo que participar en las represiones a obreros que estaban en huelga, en particular a él le tocó sobre los obreros ferroviarios.

Y al final un día le llegó la citación para presentarse en el Grupo de Artillería local con el objeto de ser sometido a la revisión médica obligatorio. Antonio se levantó temprano, desayunó con su mamá y llegó puntualmente al cuartel en la mañana y, en el portón de acceso, un suboficial, que parecía ser un tipo con pocas pulgas, luego de mirarle la Libreta de Enrolamiento con ojos ceñudos como si se tratara de un criminal, tras lo cual le indicó -de muy mal modo- hacia cual era el galpón donde debía dirigirse para ser revisado.

Cuando llegó a la Plaza de Armas del Regimiento encontró a centenares de muchachos que habían sido convocados al mismo efecto que él, a algunos los conocía y entre ellos se hacían nerviosos chistes en voz baja, esto es, para bajar la tensión que a cada uno atenazaba. Rápidamente fueron llamando a los posibles reclutas de acuerdo a los tres últimos números del Enrolamiento y los hicieron formar como si ya fuesen soldados, para de tal forma ir entrando a la barraca donde iban a hacerles la revisión médica. Una vez adentro del barracón tuvo oportunidad de asistir a un espectáculo fellinesco, esto fue luego que los hicieron apoyarse a una pared y desvestirse totalmente. Resulta que conjuntamente con los ciudadanos “normales” estaban formados muchachos con serias deficiencias psíquicas y físicas. Nunca más en su vida podría olvidar el espectáculo de haber visto a un muchacho -que conocía como el hijo de una dirigente socialista- que era un débil mental profundo presentándose en “pelotas” ante el escarnio de muchachos que le tomaban el pelo debido a que él no tenía pelo púbico.

Se trataba de “el Cocó” que estaba junto a su madre y que se escapaba de la mano de ella para correr a los gritos por el galpón mientras señalaba y trataba de agarrar las porongas del resto de los muchachos y, a todo esto la mamá -una viuda ya mayor- que lo seguía a las corridas tratando de hacerlo retornar a la fila de ciudadanos convocados y, sobre todo, esto le producía una vergüenza mayúscula, aunque la soportaba con la hidalguía propia de una persona de bien, debido a que algunos de los “normales” muchachotes desaprensivos lo tomaron a la joda y le hacían chistes y mofas bien subidos

de tono. Pero esto era poco, “el Cocó” en más de una oportunidad no sólo se le escapaba a la madre y corría por la barraca, sino que a veces salía desnudo corriendo por una puerta lateral para subirse al caño de un cañón antiaéreo que estaba ubicado atrás de la barraca.

También le llamó la atención encontrar a un pibe bajito con una joroba semejante a la de un dromedario pero que no tenía un pelo de tonto y que pasaba la situación a la que era sometido con tristeza; otro caso semejante al primero fue el de un padre que tenía de su mano a un enanito al que le había hecho construir una bicicleta chiquita para que se pudiese trasladar -ya que no podía caminar- y que también era objeto de las chanzas de otros muchachos, de aquellos que se creían “normales”. Esta situación, semejante a una parafernalia, recién se solucionó cuando llegó un oficial médico e invitó a todos los visiblemente incapacitados -con sólo mirarlos- a trasladarse a una oficina contigua par hacer los trámites correspondientes a la revisión.

Y Antonio, con una sincera indignación, se preguntaba si los militares eran tan pelotudos que podían no haber convocado a esos muchachos cuando revisaban a todos y llamarlos en una citación especial o, en el peor de los casos, si al llegar a la puerta del cuartel no podían poner un “suncho” que tuviera dos dedos de frente -cosa difícil de encontrar- y desviara a esos casos fácilmente reconocibles directamente a la enfermería del cuartel. Pero eso era mucho pedir para las mentalidades de mosquito de quienes no podían hacer otra cosa de su vida que vivir bajo la disciplina cuartelera que nunca les permitió ser capaces de pensar más allá de sus narices.

Dejando de lado estas disquisiciones político-ideológicas de Antonio -que no por abandonarlas aquí momentáneamente no dejaban de atosigarlo- no perdía sus angustias que en esos momentos lo hicieron cagar de asco por aquellos tristes episodios. Luego de pasar por la rutina de tomarle la altura y pesarlo, otro suboficial bigotudo -en general todos ellos usaban bigote- aunque el de este era grandote, como para dejar colgados los tallarines a la hora de comerlos. Pero retornemos al bigotudo -que debía ser enfermero- y con el tiempo Antonio supo que se decía que pertenecía a “Sanidad”. El

tipo se le acercó con cara de pocos amigos -a Antonio no le interesaba ser amigo de ese espécimen infrahumano- para llenar una ficha donde constató sus datos de identidad y, entre otras cosas, le preguntó si sabía andar a caballo. Antonio había sido un buen jinete durante los tres años que vivió en el campo, pero rápidamente negó esta capacidad suya con el objetivo de evitar que lo destinasen a cuidar las caballerizas. De cualquier modo de contarle, así continuó el interrogatorio con otro montón de idioteces que ya debieran conocer de él por los datos que tenían del enrolamiento.

Y ya es hora que veamos que fue lo que le ocurrió cuando le llegó el turno que el médico grandote y pelado de la Universidad -Pereyra- se paró frente a él para revisarlo. Entonces Antonio se acercó discretamente al hombre de guardapolvo blanco y le dijo la consigna que se había repetido mil veces desde que el pelado se la indicara en el hall de la Facultad. En ese instante el pelado se alejó tanto como para reconocerlo y muy seriamente se agachó para revisarle las bolas con detenimiento y dedicación. Inmediatamente le dijo, en voz alta,

-“Pibe, vos estás jodido en serio”.

Y ahí nomás firmó en rojo la ficha médica de Acosta, mientras que a los otros pibes que estaban antes que él contra la pared se las habían firmado en la ficha de color azul; Antonio no lo podía creer, algunos amigos que habían hecho la colimba el año anterior le habían comentado que a los que les llenaban la ficha en azul era porque estaban en el horno ya que los enviarían a destinos lejanos, mientras que los que la tenían en rojo -como era su caso- se salvaban de la mili.

Pero -siempre existe una conjunción adversativa que mete palos en la rueda de las cosas lindas de la vida- rato después entró al barracón un oficial médico -con grado militar superior al de Pereyra- y con voz al cuello comenzó a gritar que no era posible que en ese lugar todos los reclutas -todavía no lo eran, ya que aún seguían siendo ciudadanos- tuviesen fichas rojas, agregando que él los veía muy sanitos y que entonces los iba a revisar nuevamente, uno por uno.

Y ahí se reinició el calvario para Antonio, desorbitado observaba que uno a uno iba revisando a los pibes que habían sido eximidos y les rompía la ficha roja y se las llenaba en las fichas médicas impresas en azul. Hasta que le tocó el turno a él, entonces el médico lo miró fijamente y sobre el pucho le espetó si le dolía mucho el varicocele. Antonio temblaba hasta en las orejas, más trataba que no se notara al exterior y con la voz más firme que pudo hacer salir de su garganta y lengua -las tenía secas como lengua de loro- respondió afirmativamente; el médico sin inmutarse se inclinó hasta estar a la altura de sus genitales y con sus manos enguantadas le tomó el testículo izquierdo, aunque seguramente fueron los dos, y sin mediar palabra alguna se lo retorció, cosa que hizo que a Antonio se le escapara un grito que salía de lo más profundo de su cuerpo -posiblemente desde la boca hasta el fondo de las plantas de los pies- ya que Antonio sintió que se los había metido adentro de las dos placas de una morsa- y como única respuesta que obtuvo del “profesional de la salud” fue interrogarlo con un

-“¿te duele?”,

A lo que el muchacho no pudo menos que soltar un largo y silbante

-“Si”. Y en ese momento la cara del médico se iluminó mientras que entre carcajadas dichas en alta voz como para que lo oigan hasta los sordos que estaban en ese lugar, exclamó

-“¿Boludo, cómo no querés que te duela si te acabo de apretar un huevo?”.

Pero, y ahora vino el palo agradable en la vida de Antonio, el médico -al que consideraba un sádico irremediable- parece que además de sentir placer por lo que había hecho con sus testículos y -vaya a saber porqué- en ese instante sintió culpas por el dolor que le produjo y decidió reparar al candidato a soldadito, para lo cual de inmediato le firmó la ficha médica como “Apto R”, es decir, lo habían fichado como apto relativo para hacer la colimba; lo cual en buen romance significaba que con seguridad no sería destinado fuera del área de su domicilio. Esta era una ventaja para él, ya que podría continuar con sus estudios -para la época en que lo incorporarían ya estaría rindiendo las últimas materias de segundo año- y, sobre todo, estaría

cerca del domicilio de sus padres, lo cual no era poca cosa para Antonio que era hijo único y le gustaba estar cerca de sus viejos, en especial de su papá que padecía del corazón y ya había sufrido un infarto.

CAPÍTULO 2

LA VIDA EN SAN LUIS POR LOS AÑOS SESENTA

Por aquel entonces -el de los años '60 del siglo pasado- San Luis era una ciudad/pueblo -tenía una sola calle totalmente asfaltada: era la que atravesaba la ciudad como la continuidad de la Ruta Nacional N° 7 que unía Buenos Aires con Mendoza-. San Luis era de un suelo semidesértico que, cuando soplaba el viento no levantaba tierra, sino una arenisca que se te metía por todos los agujeros, como hacen las cucarachas...

Pero también era un lugar poblado con habitantes “buenos”. Es decir, los puntanos eran personas de lo que se conoce como “cogote parado” -salvo aquellos que vivían de un trabajo humilde-, aunque la pobreza se hacía notar en todos los estratos y hasta los más “cogotudos” no podían resistirse a esa cruel realidad que atosigaba a todos en una Provincia cuya población vivía del mísero presupuesto provincial; el cual no tenía mayores fuentes de financiamiento genuino, sino que vivía de las migajas que le dejaba caer el Estado nacional y la escasa recaudación fiscal, que era poca debido a la falta de industrias y de una ganadería sin capacidad de ser trasladada a otras partes.

Entonces, hasta las familias más tradicionales, pretendidamente aristocráticas y engoladas estaban obligadas -por necesidades económicas- a ganarse unos mangos dando alojamiento e, inclusive, hasta pensión completa a estudiantes universitarios -provenientes principalmente de Mendoza, San Juan, sur de Córdoba, La Pampa y hasta de la Provincia de Buenos Aires- que asistían a la ciudad a realizar sus estudios universitarios. Esta actividad -la de recibir pensionistas- la realizaban hasta los más “estirados” como una manera que les fuera útil para ganarse unos pesitos extras a las míseras monedas que cobraban

en algún trabajo como empleados públicos provinciales o municipales, con el fin de mantener sus estándares de vida.

Aquellos muchachos y muchachas que tomaban pensión en casas de familia lo hacían porque concurrían a la por entonces Facultad de Ciencias -dependiente hasta 1973 de la Universidad Nacional de Cuyo- a estudiar bioquímica, farmacia y química los primeros, mientras que las segundas iban a estudiar principalmente farmacia, psicología y pedagogía, en tanto que eran muy pocas/ as los que se inscribían en matemática o en física, que han sido -y continúan siéndolo- carreras consideradas “difíciles” porque se consideraba entre los estudiantes que la cantidad de números que en ellas se manejan, terminaban por marearte y “te volvían loco, como al Gallego Rey Pastor”, el que por entonces era un destacado profesor de matemática.

Sin embargo, a Antonio le gustó vivir en San Luis, esto es de un modo casi inmediato en el que llegó a estudiar a la ciudad que, aunque era capital de Provincia, todavía guardaba muchos rasgos de pueblo como, por ejemplo, que sus habitantes se conocían y saludaban habitualmente -salvo que mantuviesen alguna rencilla añeja por cuestiones dinerarias, políticas o de faldas, cosas estas que sí los estaban distanciados por alguna antigua enemistad, a veces desde la época de sus abuelos-, daban vuelta la cara al encontrarse en la calle o en algún lugar cerrado para no saludar al otro o la otra. Y esta costumbre era algo muy simpático a los ojos de nuestro personaje, a quien le agradaba mantener los tratos de la intimidad familiar.

Aquello que señaláramos un par de párrafos anteriores, sobre la llegada de estudiantes foráneos, también traía sus complicaciones para la pretendidamente cerrada comunidad puntana de elite, a los que algunos la definían como que era más cerrada que culo de muñeca, pero que por necesidades económicas tenía que abrir las puertas de sus domicilios a los estudiantes que venían a estudiar desde otras localidades del interior del país. Ellos pagaban en tiempo y forma los servicios que a regañadientes les ofrecían sus anfitriones, porque necesitaban la platita. Los problemas serían casi cómicos de relatar, aunque no por eso menos auténticos y vaya uno de esos para diversión del lector.

Resulta que los jóvenes de familias “bien”, de “pro” como se les llamaba, pertenecientes a la pretendida aristocracia puntana -y otros que querían parecerse, como ocurre siempre con los miembros de la llamada clase media ¿o mediocre?, que siempre quieren parecerse a aquellos que los oprimen- no se quedaban a estudiar en San Luis las carreras que -para ellos- eran consideradas como “berretas”, que eran las que en la Provincia se cursaban y, entonces, viajaban a otros lugares para estudiar. En cambio esta norma era de diferente aplicación para las féminas, ellas generalmente no eran autorizadas por sus padres a alejarse del hogar -la virginidad era más fácil de mantener si a las chicas se las vigilaba de cerca- y las que querían estudiar debían conformarse con ser maestras o estudiar algo que se cursara en San Luis, aunque a ellas no les agradase en absoluto.

Los muchachos querían que en su futuro como adultos los llamaran pomposamente con el apelativo de doctor -aunque no hubiesen cursado un doctorado ni de lejos- para lo cual debían obtener un título de abogado, de médico o eventualmente de odontólogo -como gustan hacerse llamar los dentistas, que estudiaron para hacernos ver las estrellas con sus pinzas y torno- y por esa razón la mayoría viajaba a estudiar a la Universidad Nacional de Córdoba -la más cercana-, a la de La Plata -que según las malas lenguas era la más fácil para estudiar y, a la vez, la ciudad más barata- y algunos viajaban a inscribirse en la Universidad de Buenos Aires.

Pues bien, estos jóvenes -los “niños bien”- dejaban en San Luis a sus novicietas, que -en general- eran de su misma extracción social. Pero ellos las abandonaban, sin visitarlas hasta por más de diez meses consecutivos, ya que viajaban a sus destinos en febrero y algunos no regresaban hasta finales del año. Ocurría que por entonces los viajes en ómnibus eran largos, casi eternos y, además, no llegaban aviones de línea al aeródromo local. La mayor parte de aquellos muchachos no tenían el dinero suficiente como para viajar en algún feriado extendido o a mitad de año, para las vacaciones de invierno en sus universidades. Asimismo, muchos de aquellos jóvenes trabajaban mientras estudiaban, como una forma de costearse los estudios.

Algo de esto es lo que ocurrió, por ejemplo, con dos futuros gobernadores de la Provincia, como fue el caso de los hermanos Adolfo y Alberto R. Saá -el Rodríguez les queda grande- y mientras aquellos estudiantes estaban fuera del lugar sus novias no podían dejar de caer en la tentación de concurrir a los “asaltos” -como se les conocía en aquella época a las fiestas en casas de familia que se hacían “sorpresivamente”- y a los bailes en clubes, como eran los de la famosa Sociedad Sirio Libanesa o el Patio Andaluz.

Como no podía ser de otra forma, aún en los círculos más “paquetes” o recoletos, la infidelidad amorosa es un lugar más que común. Los muchachos en sus ciudades de destino conseguían rápidamente -a escondidas y sin que se enterasen en San Luis- una novia y las muchachas que habían quedado abandonadas en San Luis hacían -por lo general- otro tanto con los chicos que venían a estudiar a la ciudad, aunque esto producía muchas quejas entre sus familiares. Estos noviazgos los llevaban adelante con los estudiantes universitarios que se habían trasladado a realizar sus estudios en San Luis, hecho que no agradaba a los padres de las muchachas, pero que se lo tenían que aguantar aunque chistasen como lechuzas viejas.

Pero ocurría que los muchachos puntanos que se fueron a estudiar lejos, retornaban para fin de año y pasaban aquí las vacaciones veraniegas y, en ese momento, encontraban que un foráneo les había soplado la dama y aunque ellos tuvieran otra dama -oculta o escondida- en su lugar de estudio/trabajo esto que les hubiesen soplado la dama de la infancia y con la que habían hecho planes matrimoniales -que contaban con el beneplácito y auspicio de sus respectivas familias- no les hacía la menor gracia y entonces surgían peleas a las piñas en medio de la calle y hasta -a veces- las trifulcas se trasladaban al espacio de las casas de familia, donde se celebrara alguna fiesta familiar -un cumpleaños, por lo general- o un “asalto”.

Antonio participaba de todo ese entramado de cosas y líos domésticos de la gran familia puntana como observador -incluso con una mirada de aprendiz de cuestiones sociales- y estos episodios no podían dejar de divertirlo a más no poder, a la par que los mismos le ratificaban sus convicciones izquierdistas y,

porqué no, hasta algunas veces con tintes anarquistas. Estos últimos los expresaba en un complot que reflejaba su deseo de hacer explotar una bomba en la puerta de la catedral local. Su participación en esos despelotes pueblerinos la hacía como un mero observador, ya que él nunca le había birlado la novia a algún muchacho. Es que a Antonio, pese a sus ideas políticas confesadas públicamente, las muchachas puntanas lo invitaban a participar de sus diversos grupos de amistades ya que era -como lo señalamos- un tipo alto, muy buen mozo y con mucha “pinta”. Por otra parte es dable tener en cuenta que esas pibas no tenían mucha idea sobre ideologías políticas, más bien se puede decir que ninguna idea se les caía ni aunque se las sacudiera de los tobillos boca abajo y sus intereses circulaban alrededor de la pavada que les vendían en la iglesia, o sus tías solteronas, salvo honrosas excepciones de unas pocas que tenían el vicio de pensar y, por eso, eran las que se habían ido a estudiar afuera.

Antonio no era tonto -ni un gil de cuarta que no fuera capaz de entender lo que sucedía a su alrededor- y sabedor de estas condiciones intelectuales de las muchachas puntanas -las de aquel entonces, las de la actualidad están bien avivadas en todo el sentido que se lo piense- aprovechaba su pinta y su labia fogosa, penetrante como un estilete, para meterse en el bolsillo a más de una minita, aunque tuvo la discreción -o suerte- que nunca le llegara a gustar alguna que ya tuviera novio afuera y esto hizo que rápidamente se ganara la confianza y la amistad de los que volvían a su ciudad natal a pasar y disfrutar de las vacaciones.

Muchos de aquellos chavales -no soy gallego, pero si hubiera escrito muchos y muchachos de manera continuada se hubiera producido una horrible cacofonía insoportable de aguantar hasta para el lector más desaprensivo- repito, muchos de aquellos chavales que estudiaban afuera de San Luis habían trabado amistad con Antonio, quien era un fervoroso defensor de la Revolución cubana y, de tal manera aprovechaban la oportunidad de estar junto a él para discutir acerca de temas políticos de la actualidad. Obvio que esto también podían haberlo hecho en sus lugares de residencia estudiantil, aunque allí no hubiera sido lo mismo: en aquellos lugares tendrían que haber jugado de “visitantes”

desde sus posiciones de una recalcitrante derecha reaccionaria, en tanto que contra Antonio jugaban de “locales” y creían que gracias a esa condición sería fácil de derrotarlo con sus discursos reaccionarios propios de trogloditas.

No nos engañemos, aquellos muchachos que podían viajar a otras provincias para estudiar, no eran otra cosa más que los fieles representantes de la rancia oligarquía local. La mayoría de ellos estudiaba Derecho. Esta elección no era casual; ellos se preparaban para ser el material de recambio -o de reemplazogeneracional en los puestos del gobierno provincial en donde la oligarquía se repartía el gobierno de radicales a conservadores- los “lomo negro” (conservadores) normalmente ganaban las elecciones- con alguna alternancia peronista antes del derrocamiento de Perón, cuando a estos les permitían participar las dictaduras cívico-militares-eclésiásticas, aunque no hay que llamarse a engaño, sus representantes en el gobierno también pertenecían a la decadente oligarquía local que se mimetizaba con la popularidad del peronismo para continuar enquistando en el poder provincial a los suyos. En cualquiera de los lugares donde ellos estudiaban la triunfante Revolución cubana y sus máximos líderes -Fidel Castro y Ernesto Che Guevara- eran considerados como los íconos de una nueva forma de expresarse los pueblos latinoamericanos, como asimismo de una forma de hacer una nueva política bien alejada de las que por siglos hicieron las tradicionales derechas vernáculas y, en consecuencia, no podían tener la oportunidad de hacerse fuertes en la expresión de sus opiniones, cosa que creían que harían con Antonio, ya que contaban con el apoyo de la mayoría de sus “cómplices” que pensaban igual que ellos.

Eran tipos que creían que la razón y la certeza era una cuestión democrática que se resolvía solamente por tener el mayor número de adeptos. Sin embargo, lo que no los dejaba de sorprender era que Antonio siempre tenía un argumento mejor para replicarlos, un contra-argumento más preciso y, por ejemplo, más exacto en cuanto al relato de hechos históricos-políticos. Ellos se olvidaban que Antonio tenía un muy buen aprendizaje del materialismo dialéctico, entonces él podía retrucar los dichos de sus adversarios verbales que lo buscaban -secretamente- también como una manera de aprovecharlo, de tener una oportunidad de aprendizajes en entreveros discursivos.

Y bien, algunos de esos muchachos pertenecían a la clase '41, es decir, iban a ser incorporados junto con Antonio a la mili y ahí iban a tener oportunidad de compartir un pequeño tramo de vida en común. Esto era siempre que fuesen destinados al mismo lugar... y eso sucedió. La mayoría de ellos fueron destinados al Comando del Tercer Cuerpo de Ejército en la misma ciudad capital de la provincia.

De tal manera, el treinta de enero de 1962 -día en que se produjo la incorporación de la clase- Antonio tuvo la oportunidad de encontrarse con algunos de aquellos muchachos “cogotudos” como así también con muchos compañeros de la estudio en la Universidad, incluso con algunos con los que compartió pensiones en los primeros meses de estancia en San Luis.

La mayor parte de ellos estaban -sin demostrarlo- asustados por lo que se vendría en sus vidas. Sin embargo unos pocos se encontraban felices, ya que iban a hacer lo posible para que los destinaran a una guarnición de la cordillera y así podrían ser dados de baja como “aspirantes oficial de reserva”. Una auténtica estupidez, ya que no pensaban a lo que se exponían.

CAPÍTULO 3

LA INCORPORACIÓN A LA COLIMBA

Antonio, ya sabiendo que no tendría que alejarse de San Luis, esperó con mucha más relajación que la que venía soportando hasta entonces, que le enviaran la citación para presentarse donde lo indicaran las autoridades militares. Y la cédula de citación le llegó, como no podía ser de otro modo, ya que no le habían dudas que de cualquier manera estaba en el horno, para presentarse el 30 de enero de 1962 en la Compañía Comando del Comando del Tercer Cuerpo de Ejército, que -por entonces no estaba enterado- hasta ese año tendría su sede en San Luis.

Lejos estaba Antonio Anadeo Acosta de imaginar que ese mismo Tercer Cuerpo de Ejército que lo había convocado se haría tristemente célebre -quince años más tarde- ya instalado el Tercer Cuerpo en su nueva sede de Córdoba, cuando para entonces estuvo bajo la conducción del genocida General de División Luciano Benjamín Menéndez. A este perverso General -luego de casi un cuarto de siglo después- lo condenaron a prisión perpetua por delitos de lesa humanidad, entre los que se contaron los asesinatos y desapariciones de personas, aquellas que tuvieron la mala costumbre de “pensar feo”; y, como si estos delitos fueran pocos a ellos deben agregarse algunas “pequeñeces” como la de las supresiones de identidades de bebés secuestrados en allanamientos a supuestos subversivos o en los partos de sus madres cuando eran mantenidas prisioneras en cárceles militares o en centros clandestinos de detención, también llamados campos de concentración.

Además de todas estas calamidades deben añadirse las interminables sesiones de tortura a las que sometieron a los que habían caído bajo las garras de

los secuaces del General, con o sin culpa alguna, pero que de igual modo los encerraban en sus tenebrosos y umbríos calabozos para, por ejemplo, aplicarles la famosa picana eléctrica -un invento argentino, que se le ocurrió a “Polito” Lugones, hijo del escritor Leopoldo Lugones- u otro igualmente doloroso y angustiante, como era el “submarino”, ya fuese seco o mojado, ambos eran del mismo modo tenebrosos y dolorosos por quienes los sufrían.

Pero retornemos a las vicisitudes de Antonio en la colimba. La Compañía a la que debió incorporarse estaba asentada al interior de las instalaciones del Grupo de Artillería Antiaérea 141, el cual ocupaba un extenso terreno -al divino pedo, como lo demuestran los espacios que se le quitaron una vez llegada la etapa democrática en Argentina-, el que a su vez estaba ubicado -en diagonal, cruzando una avenida que en ese tramo era a su vez la continuidad de la Ruta Nacional 7- con las oficinas de conducción del Comando del Tercer Cuerpo de Ejército y frente a una estación de servicio de YPF.

En la mañana del 30 de enero de 1962 llegó bien tempranito -cosa a la que no estaba acostumbrado- para presentarse al cuartel, donde les ordenaron -junto a otros aspirantes a colimbas, al igual que él- a acercarse al barracón donde estaba la Compañía en cuestión que les correspondía por destino militar.

Como a las nueve de la mañana los hicieron formar en filas de tres ciudadanos (hasta ese momento eran ciudadanos), luego les retuvieron la Libreta de Enrolamiento y pasaron a ser algo así como “cosas” cuyas vidas eran manejadas por un gran titiritero sentado vaya uno a saber donde, pero con seguridad detrás de un escritorio militar. En la formación que se le dio la orden que hiciera Antonio le correspondió integrar la primera fila -al medio de los otros dos colimbas- debido a su altura. Desde ahí los hicieron marchar, esta manera de decir no es más que un eufemismo, ya que cada muchacho caminaba al paso que se le cantaban las ganas rumbo a la barraca donde se alojarían de ahora en más, aunque eso del “más” no se sabía cuándo terminaba. Ninguno de ellos conocía hasta cuando duraría la incorporación, pese a que la obligación de cumplir con el servicio militar se suponía que era de un año.

Una vez llegados a la puerta de la barraca los hicieron subir al primer piso -que era el lugar donde se alojarían en el futuro- y ahí se encontraron con dos largas filas de angostas camas cuchetas y, entonces, cada recluta elegía al pie de la cual pararse esperando alguna orden, según les dijeron -a los gritos- que es lo que debían hacer. Lo de los gritos no fue un eufemismo, esa forma de comunicarse se iba a convertir en una constante mientras estuvieran en ese espacio que nada tenía de hogareño, siempre los tratarían a los gritos, parece que esos energúmenos de los oficiales y suboficiales no supieran hablar como personas.

Cuando Antonio entró al lugar tuvo la sensación que era como que lo habían metido en una enorme caja cuyas tapas se cerraron desde los costados sobre él y que lo hicieron automática y herméticamente; sospeché que esas tapas jamás se volverían a abrir, simultáneamente veía al ambiente de una manera siniestra por lo sombría. Esto fue como resultado que la luz mortecina que alumbraba al barracón con lámparas de pequeño voltaje no permitía observar los límites del fondo; en esos momentos no alcanzó a percibir que a una distancia de alrededor de diez metros habían instaladas -a lo alto de las paredes- unas pequeñas ventanas rectangulares, que estaban ubicadas horizontalmente y que se hallaban cubiertas con barrotes exteriores. Es interesante hacer notar que de inmediato Antonio advirtió que aquellas lamparitas estaban ubicadas en un techo alto y cubiertas por un enrejado, posiblemente para que no puedan ser afanadas por algún colimba interesado en llevarse un recuerdo material de su paso por el Ejército. Además, cabe destacar que todos los foquitos eran del tipo que se usaban en los antiguos ferrocarriles, es decir, contra los robos, ya que no servían para uso domiciliario.

A Antonio le correspondió ubicarse en una cucheta por la mitad del galpón. Una vez parados al pie de las cuchetas, de a dos colimbas que discutían quien se quedaba con la de abajo, y viceversa, con la de arriba, sin concertar donde se ubicaría cada uno. El espectáculo era ridículo, ninguna pareja de reclutas se ponía de acuerdo en la cucheta que iban a dormir, en casi todos los casos ambos protagonistas elegían el mismo lugar para descansar, que era la “cama” de abajo. La discusión se zanjaba recién cuando un suboficial que recorría los

camastros decidía -por sí y sin preguntarle a ninguno de los dos- a quien le tocaba arriba o abajo. Antonio se sintió satisfecho con que le asignaran la de arriba, ya que imaginaba que no podría soportar los pedos que seguramente se tiraría el tipo que estuviera arriba de él y que fácilmente atravesarían el delgado colchón de paja que fuera a ocupar el tipo que hubiese estado encima de él. Lo del colchón de paja fue una sospecha de Antonio, en realidad era algo parecido a eso con lo que estaba relleno, aunque cuando se acostó por primera vez sintió que era de goma espuma muy delgada, a punto tal que se hundía entre los caños laterales de la cucheta.

Una vez ubicados los muchachos al pie de las camas en una hipotética posición de “firmes” -la que no tenía nada de tal- y mirando hacia el pasillo central de la barraca -a la que luego se tuvo que acostumbra a llamar “la compañía”- les hicieron observar que atrás de las camas cada uno tendría su cofre donde debían guardar la ropa de civil -por cierto que amontonada como piojo en dobladillo- cuando a cada uno le entregaran sus pilchas militares. Al estar en aquella extravagante posición de “firmes” -en que cada uno de ellos se paraba como le venía en ganas- Antonio pudo observar como aquellos amigos que estudiaban afuera de San Luis eran los más ridículos, ya que de movida nomás querían quedar bien con los suboficiales sacando pecho, juntando las manos a los lados del pantalón y pegando los tacos de los zapatos, o las zapatillas, como si fueran milicos hechos y derechos egresados de alguna escuela militar. Esto le hizo sospechar acerca de la personalidad autoritaria de aquellos.

Entre tanto, los muchachos que no eran universitarios, sobre todo los que venían del campo, se paraban en las filas como mejor les venía en ganas y como más cómodos se sentían. Lo divertido del episodio es que los suboficiales encargados de esa etapa del reclutamiento de inmediato se avivaron -ya estaban avivados después de haber tenido que entrenar a otros “reclutones” como eran ellos en años anteriores- de la situación y se acercaban a estos “chicos bien” que pretendían venderse como “buenos” soldaditos antes que se lo enseñaran. Entonces a ellos sí les reprochaban los errores que tenían en la posición que creían hacer bien y luego los comenzaron a bailar al pie de la cama a los gritos

de cuerpo a tierra, mientras que a los otros -entre los que se contaba Antonio- solamente les advertían, como siempre a gritos pelados, que iban a aprender por las buenas o por las malas a pararse en posición de firmes y en la de descanso y a obedecer las órdenes que les dieran.

En realidad, los suboficiales -los “sunchos”, como les llamaban los colimbas “viejos”, los de la clase 40 y que ya se estaban por ir de baja- lo que deseaban era mostrarse como tipos rudos ante los pendejos recién llegados al cuartel, ellos querían parecerse a los malos de la película; daba la impresión que la única forma en que se ganarían el respeto de los recién ingresados era apareciendo como tipos bien machos a los que había que temerles porque eran ogros que en cualquier momento se comerían a algún recluta crudo.

Parecía ser que para poder ganarse la obediencia y el respeto de aquellos a los que iban a mandar solamente se alcanzaría infundiéndoles miedo, como si con éste reflejaran que tuvieran más poder que el que les daban las “tiras” que ostentaban en su antebrazo. Cada uno de los sunchos que estaban a cargo de la “cuadra” jugaba a mostrarse como más malo que sus colegas en cuanto a ser bestiales y con amenazas de crueldad propias de un troglodita; esa era la realidad a la que se enfrentaban con la incorporación y a ella tenían que adaptarse los colimbas si no querían ser objeto de insultos y bailes y hasta -por qué no- de malos tratos físicos.

Entre el griterío de los sunchos estos avisaban que irían llamando por el apellido a cada colimba para entregarles las pilchas que deberían usar de ese momento en adelante hasta que les dieran la baja o muriesen en el intento. Cuando lo llamaron a Antonio se tuvo que presentar ante otro bigotudo gordo sentado sobre una pequeña silla y rodeado de ropa, el tipo ese -que bien se parecía a un buda- lo miró de arriba abajo, como midiéndolo en talla y peso, segundos después rebuscó entre la ropa que tenía tirada en el suelo y le tiró un calzoncillo blanco que cuando Antonio lo vio casi le da un soponcio, era una suerte de pantalón tan largo y ancho que le cubriría hasta las rodillas y le daría dos vueltas alrededor de la cintura. Luego le tiró una camiseta musculosa color verde oliva -de ahora en más toda la ropa que recibirían sería del mismo color-

aunque algunas más oscuras y otras desteñidas como resultado de la lavandina que le ponían para desinfectarlas del uso que le dio el colimba de la clase anterior. El ritual continuó con la entrega de un pantaloncito de gimnasia, unas bombachas -como la que usan los campesinos- de verano, un par de alpargatas que le entraban bien en sus patas grandes, una camisa, un gorro y un bolsón grande dónde debería guardar la ropa con que había llegado al cuartel. Esta era la que iba a usar al comienzo de la mili, es decir, la ropa de fajina.

Con un cigarrillo colgando de su boca hedionda el bigotudo masculloó algunas palabras y lo único que Antonio pudo entender es que cuando tuviese la suerte que le dieran baja -vaya a saber cuando sería ese momento tan anhelado- debería devolver todo lo que había recibido hasta ese momento, caso contrario se lo iban a cobrar. Obvio era que más adelante le proveerían otro ropaje, sobre todo la de salida a la calle los días que tuviese franco y también les entregarían la ropa de invierno.

Con la ropa a cuestras de inmediato se trasladó al pie de su cama para colocarse la ropa nueva y ahí vio que sus compañeros intercambiaban la ropa entre ellos buscando las que mejor se ajustasen a sus medidas. Antonio hizo lo mismo con sus vecinos y lo primero que ofreció fue el calzoncillo, con lo cual todos se cagaron de risa de él y le comentaron entre chistes que no se habían convocado hipopótamos a la conscripción. De tal modo que no tuvo más remedio que ponerse el calzoncillo ridículo que le daba un par de vueltas alrededor de la cintura y -con celeridad- se dio cuenta que al problema lo podía arreglar con un alfiler que se lo sostuviese. Por suerte -para Antonio- el colimba que compartía su cucheta tenía una madre previsor que le puso en sus bolsillos unos enseres de costura y con el alfiler de gancho que le prestó pudo arreglar el inconveniente; se calzó las bombachas con las que no tuvo problemas ya que se ajustaban con un elástico y esto a la vez le permitía sostener los grotescos calzoncillos que llevaba debajo de ellos; en cuanto a la musculosa se la puso y notó que le quedaba un poco ajustada pero se la podía aguantar y luego se colocó las alpargatas con cordones con las que no tuvo inconveniente alguno, le quedaban que ni pintadas.

Mientras sucedían estos hechos se iba acercando inexorablemente el mediodía con lo cual a Antonio ya le había comenzado a “picar el bague” y no tuvo mejor ocurrencia que preguntarle a un bigotudo cuando comerían, por única respuesta obtuvo unas puteadas y la orden de hacer cuerpo a tierra -en realidad, era cuerpo contra las baldosas- y, obviamente, que no le respondió a su requisitoria.

Así que tuvo que aguantarse el hambre mientras le daban la ropa de cama -dos sábanas blancas y una manta verde oliva- ordenándole que tendiera la suya. Antonio no tenía la más puta de idea de cómo iba a hacerlo, ya que durante casi toda su vida eso lo hizo su mamá y, en los pocos meses que vivió solo cuando llegó a San Luis para estudiar, únicamente puso las sábanas sobre la cama y se acostaba sobre ellas. Nunca en su vida había tendido una cama como se lo exigían en el cuartel y ya les habían advertido que un suboficial pasaría por cada cama y tiraría una moneda sobre ellas para que rebotara de forma tal que pudiera tomarla nuevamente en su mano; si esto no sucedía el recluta sería sancionado con un “baile”. Obvio que esto no fue más que una amenaza, ningún suboficial hizo eso que les habían dicho. Pero Antonio, ante el temor, se esforzó en “hacer” su cama lo mejor pudo, aunque mirándola una y otra vez advertía que era una reverendísima porquería como había quedado el lugar donde alguna vez lo dejarían dormir. Esto no dejaba de asustarle por temor a las represalias de algún suncho que estuviera un poco mamado, como se rumoreaba entre los colimbas que aquellos solían estar cuando regresaban del casino de suboficiales.

¡Y al final llegó la hora del almuerzo! Inesperadamente uno de los bigotudos -que parecía ser el más capo de todo el montón de tipejos deleznable que merodeaban por el lugar haciéndose los malos- ordenó a los gritos, como siempre lo hacían y seguirían haciéndolo durante el período de instrucción, que los reclutas se alistaran para pasar a recoger los utensilios que les darían para usar en las comidas y que tendrían que llevar siempre con ellos, obvio es que esto sería cada vez que fuesen llevados al comedor. ¡Cuál fue la sorpresa de Antonio cuando les entregaron los susodichos utensilios a la salida de la

cuadra! Los platos -uno playo y otro hondo- no eran como los que se usaban en su casa, sino que eran de un metal abollado -eran de lata que los debieron haber utilizado al menos diez clases anteriores- al igual que un tazón que le serviría para el agua durante las comidas y el mate cocido a la hora del desayuno y la merienda, mientras que los cubiertos también eran de un metal tipo latoso, que igualmente habían sido usados anteriormente por un montón de soldados.

Para ir al comedor deberían bajar la escalera y en uno de los rellanos de aquella encontró un cuadro enmarcado donde figuraban las diferentes insignias que ostentaban tanto oficiales como suboficiales para cada grado. Ahí fue cuando Antonio se propuso que en cuanto tuviera un momento libre se acercaría hasta el cuadro con el fin de estudiarlo con detenimiento para no meter la pata cuando debiese dirigirse a algunos de ellos.

Llegado a la salida de la escalera se encontró sorpresivamente con una de las calles internas del cuartel y con sorpresa vio nuevamente el sol de un día brillante y caluroso propio de la temporada, ya que estaban en pleno verano. Respiró hondamente el aire puro del espacio natural -cosas que en las pocas horas que pasó en la cuadra creyó que ya no existían, gracias al olor a patas y bolas que por allí reinaba- mientras que el griterío de los sunchos -que trataban de ordenarlos para hacer los menos de cien metros que los distanciaban del comedor- dejaba de ser atronador al no tener la caja de resonancia de un ambiente cerrado como el de arriba. Después de un rato lograron formar a los reclutas y pudieron llevarlos al comedor; el “comedor” era otra barraca semejante a la en que había estado antes y estaba pintada con los mismos colores que la anterior: con pinceladas al aceite con un color verde claro. El barracón constaba en su interior con unos largos tablones de madera cubiertos con papel blanco -que hacía las veces de mantel- y a ambos lados de los tablones se habían colocado unas largas banquetas para que se sienten los milicos ¡parecía que estuviera en un asado con un montón de amigos! Pero no había asado y tampoco encontró amigos.

Una vez que se hubieron sentados en sus lugares pusieron sus pertenencias para comer arriba de los tablones, sobre los cuales también estaban ubicados

algunos jarrones de lata que contenían una hermosa agua cristalina -que Antonio se sirvió luego de disputar el jarrón con otro milico- y que en ese momento le pareció la bebida más sabrosa que había tomado en su vida, hasta mucho mejor que una fría cerveza. ¡Es que hacía horas que Antonio -como así también el resto de los reclutas- no tomaba líquido alguno! Entonces notó que sus sobacos estaban transpirados, al igual que el de los otros soldados, lo que provocaba que en el lugar hubiera una “baranda” infernal, digamos que un tufo semejante al de una manada de jabalíes, pero Antonio le hizo caso omiso a los feos olores y luego de tragarse dos jarras de agua se abalanzó hambriento sobre un pedazo de pan criollo que estaba encima del tablón, antes que se los devoraran sus compañeros que estaban con una hambruna semejante a la suya. ¡Y al final llegó la comida! La servían soldados cocineros de la clase vieja y lo primero que pusieron sobre los tablonces fueron unos fuentones con sopa.

¡Qué asqueroso! Antonio no tomaba sopa desde que era un chiquitín cuando en su casa lo obligaban a tomarla. Pero en esta oportunidad el hambre pudo más que el gusto y abalanzó su plato hondo al borde del fuentón que estaba más cercano a donde él estaba sentado para echar -con un cucharón roto que había dentro del recipiente- un poco de ese líquido cuyo gusto parecía ser donde se habían lavado las patas los colimbas de la cocina antes de traerlo a la mesa. Entre el caldo humeante se dejaba entrever como el periscopio de un submarino la punta de un pedazo de zanahoria y navegaban unos hilos anaranjados pálido de algo que semejaba a los restos de lo que alguna vez fue un zapallo.

Una vez terminada de saborear la acuosa sopa debían colocar el plato hondo que había quedado seco como lengua de loro, debajo del “plato playo” -en el caso de Antonio lo de playo era un eufemismo, ya que tenía más bollos que un boxeador luego de haber sido noqueado- para comer en este último la comida con cuchillo y tenedor. Así, en el lugar de las fuentes los encargados de la cocina pusieron nada delicadamente -alternativamente cada seis soldados enfrentados- unos platos grandes con carne, un puchero de carne con más grasa y huesos que aquella, papas y algo de zapallo. Los milicos se abalanzaban para

servirse, bajo la severa vigilancia de los suboficiales para que no hubiera peleas por los trozos de carne, Antonio hizo lo mismo que el resto... pero a él no le gustaba nada de lo que ahí había sido servido. De cualquier modo alcanzó a tomar un trozo de carne con poco hueso y una papa hervida, se comió la carne y un poco de papa y, como de esta sólo comió un pedazo, el milico que tenía a su derecha se lo pidió y cuando se lo entregó, el otro se lo devoró de un saque.

Antonio todavía seguía con hambre, pero de inmediato colocaron delante de cada uno de ellos una mandarina o una manzana -alternativamente- como postre. A él le correspondió la segunda y quedó bastante ridículo ante sus compañeros cuando la peló con su cuchillo para comerla, todos los otros se la manducaron con cáscara y -luego del postre- los sacaron del comedor formando en fila. Cada soldadito avanzaba con sus utensilios sucios y así los llevaron hasta unos piletones de cemento -que eran como los bebederos, que se usaban en el campo para que las vacas bebieran agua- con el objeto que lavaran sus cubiertos y platos juntamente con sus manos, aunque Antonio -al igual que otros muchachos- aprovechó para calmar el calor echándose agua fría en la nuca y en la cara, secándose con el trapo que le habían dado para utilizarlo como servilleta.

Para sorpresa de toda la muchachada, cuando terminaron de higienizarse les ordenaron romper filas -cosa que no habían hecho mientras estaban frente al piletón que les dieron de lava tutti- para que los colimbas se tiraran a descansar sobre el pasto y -los que lo desearan y tuviesen entre sus pilchas- podrían fumarse un puchito bajo unos frondosos árboles que estaban a un costado de la "compañía". Eso sí, al que se mandaba alguna cagada -como arrojar algo o pegarle a otro milico- le ordenaban que debía ponerse de pie y recoger papelititos, puchos y cualquier otra basura que hubiese sobre el césped. Así que viendo lo que ocurría Antonio decidió hacer buena letra y no chichonear ni joder con los otros colimbas que se tiraron al suelo de acuerdo a como se conocían de la añorada época de civiles. Y a los pocos minutos otra novedad insólita: les ordenaron incorporarse y dirigirse al barracón para dormir la siesta, era increíble pero cierto.

Volvieron a subir al primer piso y Antonio aprovechó la ocasión para detenerse unos instantes en el rellano de la escalera en una de cuyas paredes estaba el cuadro con las referencias de las insignias de oficiales y suboficiales. No quiso perder tiempo y solamente se dedicó a observar con detenimiento los datos referidos a estos últimos que eran a los que tenía siempre a él dándole órdenes a cada rato; alcanzó a retener algunos datos en su memoria y luego continuó subiendo hasta el dormitorio arrastrado por la avalancha de muchachos. Una vez en el mismo se arrimó a su cama y cuando se lo ordenaron distendió la cama, se descalzó las alpargatas, se desvistió y se metió de cabeza en el “sobre”. Ahí nomás les avisaron que dormirían una hora y luego iniciarían una cosa que le llamaban algo así como “orden interno” u “orden cerrado”, era algo que Antonio nunca llegó a diferenciar, ya que fuese uno u otro siempre los terminaban bailando con los cuerpos a tierra, las carreras a cualquier lado y los saltos de rana que se hacían con los brazos estirados hacia adelante.

Algo que a Antonio le llamó soberanamente la atención es que siempre que estaban en el barracón, al igual que cuando regresaban del exterior, siempre estaba un soldado de la clase anterior que recorría los pasillos mientras pasaba un lampazo -luego se enteró que a ese instrumento de limpieza, en el Ejército, le llamaban “la bruja”- al que movían de un lado para otro cual si fuesen unos autómatas o un robot sin voluntad. También más tarde averiguó que a esos tipos los designaban con el nombre de “el imaginaria” y que ellos eran -cada cuatro horas lo renovaban- una especie de guardia sin portar armas al interior del cuartel; que, en este caso, además de mantener brillante el piso rojo con el lampazo, debía cuidar que en el barracón ningún soldado se afanara las cosas de los cofres de propiedad de los otros soldados, como así también mantener el orden cuando no estuviese algún suboficial en la cuadra. Lo que Antonio no se imaginaba es que en algún momento a él le tocaría hacer de imaginaria... y no solamente en la cuadra, sino de noche en las caballerizas.

Luego de la reparadora siesta los levantaron con un pitazo -o varios- estridentes como el de un clarín que sonaba como que lo tenía metido adentro de la oreja. Ahora nuevamente todos los reclutas corrían para abajo vestidos con

la ropa deportiva provista y ahí empezó lo peor, los suboficiales -bajo la supervisión de un Teniente retacón y ceñudo- los tomaban de a grupos de unos diez reclutas y los adiestraron en cómo debían pararse en posición de firmes, para lo cual debían hacer sonar los talones al juntarse, cosa que resultaba bastante dolorosa estando calzados con alpargatas, ya que se golpeaban los talones prácticamente sin protección. También les dijeron que la posición de descanso no era tirarse al suelo y fumar un pucho, sino abrir las piernas -en esto les hicieron alusión a la posición femenina al coger- y cruzar los brazos por atrás de sus espaldas.

De más está decir que el método pedagógico de estas enseñanzas nada tenía que ver con lo que aconsejaban Piaget o algún otro psicólogo o pedagogo, sino que cada vez que un recluta se equivocaba lo mandaban a hacer cuerpo a tierra o algo que a lo que le decían “carrera march” y que significaba que a esa orden vociferada por el suboficial con un pitazo se debería salir corriendo como loco y luego detenerse en seco cuando se escuchaba el sonar de dos pitazos. Antonio tuvo que cumplir varias veces con estos castigos, ya que básicamente tenía una fuerte resistencia a obedecer cualquier tipo de órdenes... y más si ellas venían de los despreciados militares.

Mientras se hacían estas idioteces de aprender algo que -para Antonio, jamás les iba a servir para un carajo- los suboficiales convocaron a los reclutas a que fuesen a buscar sus jarras de latón para que les sirvieran un mate cocido con un pedazo de pan criollo, tirados sobre el césped tomándose un poco de descanso de tanta milonga recibida bajo el tórrido clima veraniego. Y, luego del descansito, de vuelta a los aprendizajes que no servirían más que para pasar el año de reclutamiento. En ese momento llegó el Teniente rechonchito para darles una arenga diciéndoles que durante su estancia en el Servicio Militar Obligatorio los convertirían en hombres -parece que hasta ese momento no lo habían sido- y que los que se habían salvado de la milicia nunca serían hombres de verdad. En ese momento Antonio se sorprendió y se puso a hurgar entre sus genitales y pudo observar, luego de tocarlos, que los tenía bien colgados en su lugar, por lo cual no entendía que significaba eso que los iban a “hacer

hombres”. No pudo menos que pensar que ese era producto del machismo de los milicos.

Además, fuese quien fuese el que los estuviera “instruyendo” no perdía ocasión en hincharles las pelotas acerca del valor del patriotismo. Y esto lo hacía recordar unos dichos del filósofo Voltaire, cuando afirmaba que era “*lamentable, que para ser un buen patriota uno debe convertirse en el enemigo del resto de la humanidad*”. Y para no ser menos patriota, Antonio trajo a su memoria unas palabras de Jorge Luis Borges cuando escribía que “el patriotismo es la menos perspicaz de las pasiones”.

Con el sol todavía en el horizonte los convocaron para la cena y esto lo realizaron con un ritual semejante al que tuvieron que hacer para el almuerzo. Previamente a subir a la “cuadra” los llevaron a los gritos -como cuando se hace un arreo de ganado- para lavarse las manos y las patas, esto es por el olor que tendrían -y que se hacía oler- en estas últimas luego de correr por largos ratos sobre la tierra, por lo cual los sunchos insistían en que había que sacarse las bolitas negras de entre los dedos de los pies- y posteriormente a cumplir con la ceremonia de subir, cambiarse las alpargatas, retirar los utensilios para comer, bajar las escaleras y “marchar” en fila hacia el comedor.

Antonio estaba tan cansado por la biaba que le habían pegado durante la tarde con el “orden interno” -o “cerrado”- que se dejó caer en la banqueta y comió lo primero que encontró frente suyo en la mesa sin pensar si le agradaba o no. Un tanto adormilado escuchó la orden de formar para ir a lavar los platos y cubiertos y de ahí nuevamente retornaron a subir a la cuadra. Ubicado al lado de su cama creyó que ya le iban a permitir acostarse para dormir... pero no. Los hicieron desnudar para marchar en grupos de 10 o 12 reclutas con el objeto de dirigirse a unas duchas que estaban al fondo del barracón. Cuando le tocó el turno de entrar a las duchas, Antonio tomó la toalla con agujeros que le proveyeron -esa mañana- para secarse tratando que rodeara su cintura y, antes de llegar a las mismas, le dieron una pastillita de jabón. El agua fría que cayó sorpresivamente sobre su cuerpo lo hizo tiritar, pero también lo ayudó a despabilarse; mientras se enjabonaba oyó un pitazo que indicaba que debían

salir de ese espacio y un suboficial le entregó su toalla para que se secara. Obvio que con ella no le alcanzó para todo

el cuerpo y así, medio mojado se fue a parar junto a su cama, pero todavía no le tocó el turno de acostarse; tuvo que esperar que los doscientos y pico de soldados que conformaban la compañía terminaran de ducharse.

Y al fin llegó el ansiado grito que les ordenaba acostarse. De un salto Antonio subió al camastro superior y antes que se apagaran las luces ya se había quedado profundamente dormido sin escuchar las risotadas y jodas de sus compañeros.

CAPÍTULO 4

LOS SIGUIENTES DÍAS EN EL CUARTEL

De la manera descripta transcurrieron de manera semejante los primeros días de Antonio en el cuartel. Él los percibió como unos días interminablemente largos, los que se le hicieron una eternidad; sentía que estaba encerrado en algo que era más que un cuartel del Ejército. Este lugar se parecía a una cárcel en la cual únicamente lo que hacía era correr de un lado para otro sin saber adonde iba -como maleta de loco- de acuerdo a los caprichos de los pitazos de un suncho gordo, pelotudo y gorreado. Por entonces averiguó que se trataba de un tipo con el grado de suboficial principal y al que siempre que se cuadraba ante él, calzando sus ya raídas alpargatas, con lo cual le volvían a doler los talones. A ese energúmeno tenía que decirle siempre un “mi” antepuesto al grado militar. Esto le pareció una forma estúpida, ya que si todos los “colimbas” le llamaban de la misma forma, entonces -lógicamente- el tipo no pertenecía a nadie.

Pero estas reflexiones lingüísticas y filosóficas no eran lo que volvía loco al pobre soldadito Antonio en su honda desesperación, sino que lo que lo tenían a mal traer eran las corridas como un idiota que le ordenaba el gordo suboficial del cual todavía no sabía el nombre, como así también las veces que tenía que hacer cuerpo a tierra en la arena, el pedregullo o el barro y que una vez finalizadas las corridas comenzaba a ordenarle empezar con los malditos saltos de rana, los que le acalabraban hasta las pestañas. Todos estos sanos ejercicios -que según los sunchos le servirían para “aprender a ser hombre”- se intercaban entre los pitazos de ese gordo suboficial principal, que por fin supo que se llamaba Vallejo, y que era un flor de hijo de puta y del cual pensaba que

de “principal” lo que tenía era ser el “principal” gordo cabrón que tenía a los soldaditos con el culo al norte volviéndolos locos todos los días con sus pitazos.

Y mientras corría de un lado para otro sin tener que ir hacia algún lado al que no quería ir, o tenía que hacer cuerpo a tierra, o saltaba como un sapo, según fuera la voluntad arbitraria del gordo Vallejo, Antonio mascullaba entre dientes -muchas veces sucios de tierra o masticando pasto, según donde le había tocado caer- que ese tipo no merecía mejor cosa que en alguna oportunidad ser cagado a balazos. Esto no sería fácil de hacer, debido a que Vallejo siempre estaba con otros suboficiales y Antonio rodeado de otros colimbas y, lo peor de todo, es que no tenía a su alcance arma alguna, pese a que todos los suboficiales y oficiales siempre andaban con una pistola al cinto enfundada en una cartuchera, como si eso fuese la prolongación del pequeño e inútil pene que -seguramente- eso era lo que tendrían entre sus piernas. Esto despertó en Antonio una disquisición que no tenía cosa alguna de idiota: los militares tienen necesidad de mostrar su pistola, al igual que lo hacen los que están enfermos de exhibicionistas.

Al finalizar la primera semana de estar encerrado en aquella cárcel que decía ser un cuartel -o viceversa- lo llevaron, junto al resto de los colimbas de la compañía, a formar enfrente de la enfermería y -entonces- un enfermero militar les hizo sacar la camiseta musculosa. Antonio no tuvo tiempo de tener conciencia de lo que sucedía, rápidamente sintió que le clavaron una enorme aguja -como había visto en las películas que se usan en las caballerizas para dopar a algún competidor antes de la carrera- en el medio de la espalda. Alguien comentó que se trataba de una polivalente para que no contraigan alguna enfermedad durante la milicia; luego del pinchazo los soldados se colocaron nuevamente la camiseta musculosa y, por primera vez en una semana en lugar de correr y saltar como tonto, gozaron de un buen rato de descanso tirados a la sombra de aquellos añosos árboles que rodeaban el barracón donde estaba su compañía.

Pero Antonio con rapidez empezó a sentirse descompuesto y que le subía la fiebre, la que venía acompañada de fuertes temblores que agitaban su cuerpo,

el que le parecía que flameaba al soplo de un fuerte viento. Sentía que la fiebre le subía hasta un techo sin término y al final cayó desmayado en el pasto. Algún soldado, o varios, lo transportaron a la enfermería y ahí un médico dijo que lo internaran, entonces le dieron quinina para bajarle la temperatura. El episodio había ocurrido en un momento inoportuno ya que justamente ese fin de semana iban a dejar entrar al cuartel a las familias para visitar a sus parientes que hacían la colimba, más Antonio no pudo ver a sus padres -ni ellos a él- porque estaba internado temblando de fiebre en la enfermería y se la tuvo que aguantar estando tendido en una cama allí solito.

Una vez que pasaron algunos eternos días -que por culpa de la fiebre altísima que tuvo no podía recordar bien cuántos habían sido- lo devolvieron a la “cuadra” de la “compañía” junto a los otros reclutas pero dejándolo a él descansar en su cama -la que amablemente se la habían colocado en la parte inferior de una cucheta- mientras un colimba de la enfermería estaba cerca de él y le hacía tomar líquidos a cada rato. Luego de otro par de días de descanso y en que solamente lo hacían cumplir con las obligaciones de “imaginaria” en la cuadra, lo cual consistía en pasar el lampazo por el piso -el que siempre debía estar brillante- en los más de cien metros que medía aquella y, además, debía pasar “la bruja” por debajo de las camas cuchetas que se ubicaban a ambos lados del pasillo central.

En tanto realizaba la tarea de pasar “la bruja” por el piso -con el tedio que ello implicaba- observó que del “cofre” que estaba ubicado detrás de su cama de una manera misteriosa le habían “desaparecido” todas las ropas que le habían entregado cuando las distribuyeron y que oportunamente les advirtieron a los reclutas que cuando les dieran la baja deberían devolverlas y que, si no las podían devolver, tendrían que pagarlas como si fueran nuevas.

Esto de tener que pagar no le hizo la más mínima gracia y, entonces, se dio cuenta que comenzaba a consumir el primer delito de su vida, algo que aprendería gracias al Servicio Militar Obligatorio. Esto es, aprendió a robar y así fue que comenzó a robar con mucho disimulo, es decir cuando no había otras personas en el lugar, una a una las pilchas que a él le habían tomado sin su permiso, es decir afanado.

De estas experiencias de colimba sacó un aprendizaje impensable, el cual era que ahora había aprendido a robar, lo cual no era poca cosa y que debía agradecerse al Servicio Militar por ser tan perfectamente deshonesto.

Ya pasada una semana de aquella dolorosa inyección en su espalda que lo dejó hecho pomada, cuando les informaron que a todos los reclutas de la “compañía” les iban a colocar una nueva dosis de aquella vacuna como “refuerzo”, lo cual lo aterrorizó como si hubiera visto al demonio. En ese instante se le prendió la lamparita y recordó que uno de los encargados de inyectar a los reclutas era un compañero estudiante de bioquímica, quien dormía en la cuadra en una cama junto a la suya y que por ser uno de los de mayor estatura conformaban la primera escuadra de tres cuando los hacían formar para aprender a marchar como soldados.

Por todas esas casualidades es que trabó una relación casi amistosa con el “Flaco” Cruz y se animó a pedirle que cuando estuvieran inyectando con el refuerzo a los colimbas el Flaco se le acercara por atrás, le clavara la aguja -para dejar la huella que lo habían “clavado”- y la sacara volcando el líquido en el algodón que Cruz llevaba siempre en la mano izquierda cuando inyectaba. El “Flaco” entendió perfectamente los temores de Antonio y aceptó hacer la maniobra tramposa que él le pedía, aunque seguramente en algún momento le solicitaría alguna retribución, por aquello del “quid pro quo”.

Hecha de tal modo la maniobra, cuando el que tenía a su cargo en ese momento al pelotón -era el Sargento Peralta, un tipo alto y pelado que tenía a Antonio entre ojos vaya uno a saber porqué- seguramente vendría a revisarle su espalda, entonces se encontraría que existía marcado un agujero en el centro de su espalda y que eso significaba que le habían dejado impresa la aguja de la inyección, entonces Peralta no tendría oportunidad de reprocharle nada a nadie.

Y de ahí en más, de tal manera, se mantuvo la continua rutina de Antonio, siempre corriendo, limpiando y “bailando” para convertirlo en un auténtico colimba que podría el día de mañana llegar a sentirse un hombre. Pero en un atardecer hubo -en el detal- una sorpresa mayúscula para los reclutas; la

sorpesa consistió en que se produjo el primer sorteo que hicieron para extraer el nombre de unos pocos reclutas con el objeto de dejarlos salir esa noche a comer y dormir en su casa. El asombro lo dejó estupefacto cuando escuchó que un suboficial nombraba con un grito a Acosta, Antonio Amado. Sí, ese era su nombre, ¡era él! no lo podía creer, era como sacarse el premio mayor de la lotería de Santa Fe -que por entonces tenía los mejores premios en sus sorteos- y en un arrebato de desconfianza le consultó a otro milico -que conocía de la Universidad- si era verdad lo que había escuchado. Por única respuesta obtuvo de su conocido un seco:

-Sí, hijo de puta, fue para vos. ¡Qué orto que tenés!

Inmediatamente se le acercó otro compañero y lleno de bronca le dijo:

-Para el próximo sorteo me paro cerca tuyo para poder tocarte el culo. ¡A ver si me das suerte!

A la vez desde todos lados de la “cuadra” se escuchaban silbidos y tenues puteadas para los cinco agraciados con la suerte del azar. Para que no le robaran las prendas que tenía en su cofre, Antonio se las fue llevando disimuladamente a su casa, donde las guardaba adentro de una bolsa con el fin de entregarlas cuando le dieran la tan esperada baja del Ejército y al que no le quería pagar un puto mango.

Aunque parezca cosa de mandinga, el azar estuvo de su parte durante una quincena continuada, lo cual le permitía visitar a su novia, cenar con sus padres y dormir a pata tendida en una buena cama, como era la de su dormitorio. Al llegar a su casa -al atardecer- sus padres se ponían contentísimos y la mamá después de besuquearlo como si fuera el único sobreviviente de la guerra de la Segunda Guerra Mundial, corría a la cocina para prepararle la comida que más le gustaba a su hijo: milanesas con papas fritas y un par de huevos fritos. Asimismo, ella siempre les tenía preparado un postre para su marido e hijo y -para Antonito se trataba- le hacía su riquísima sopa inglesa: eso era lo máximo para él, la mamá trabajó como para que Antonio se sintiera pipón y de tal suerte pudiese olvidarse -de alguna forma- de las pésimas horas que había pasado durante el día en el cuartel.

Y así, luego de sacarles várices a las patas de la cama, todas las mañanas tenía que levantarse a las seis para poder llegar a decir presente a las siete en el cuartel, cuando pasaban lista y sin ser castigado por haberse demorado en llegar. Junto con él se levantaba su mamá -Ana María- con el objeto de prepararle un rico desayuno con bastante pan y dulce de leche. Luego de desayunar se despedía con un beso de sus padres y salía rajando de la casa. Para poder llegar a tiempo Antonio sacaba del garaje una motocicleta y se montaba en su petiza y “poderosa” Zanella Ceccatto de 100 centímetros cúbicos -a la que adoraba como si la hubiera parido con dolor- y salía disparando hasta el cuartel para presentarse ante la guardia y pasar hasta su “compañía”, donde estacionaba la moto atrás del galpón.

Pero como no podía ser de otra forma, una tardecita la suerte lo abandonó y no salió sorteado para la salida nocturna. Así que se tuvo que aguantar las cargadas de los otros colimbas y, lo peor, tuvo que ir al comedor a cenar la porquería que le daban y luego de comer se tuvo que ir a dormir a la cama de mierda que tenía asignada.

La nueva sorpresa llegó a las cuatro de la mañana, cuando todos los milicos dormían en medio de los ronquidos y el olor que exhalaban las glándulas sudoríparas de un montón de soldados, el cual le daba un toque pintoresco de paisaje donde duermen los cerdos. A esa hora alguien prendió la luz de la cuadra y de un pitazo el suboficial de semana los sacó imprevistamente de los brazos de Morfeo. La orden que impartió el suncho a los gritos -como siempre, aun cuando fuese a la madrugada- ordenando que todos los milicos se pusieran de pie junto a sus camas. Antonio se hizo el idiota y resolvió no darle bola, quedándose acurrucado en su cama; total estaba lejos del suboficial y aquel no lo podría notar. Esta situación duró hasta que el suboficial hizo el anuncio que el Comando de Sanidad del Tercer Cuerpo de Ejército solicitaba la presentación de cuatro reclutas para darle sangre a la mujer de un oficial que estaba internada y que la iban a operar vaya a saber de qué y ¡oh casualidad!, el grupo sanguíneo y el rh solicitados eran los mismos que los que tenía él, más Antonio no pudo dejar de pensar algo semejante a:

-¡Másí, que se muera, vieja puta!

Este pensamiento duró hasta el momento en que escuchó que los primero tres o cuatro soldados que se presentasen ante el que vociferaba iban a tener tres días de franco. Esta oferta no necesitó pensarla, era algo impensable y se deshabilitó por completo en el acto; sin hesitar saltó de su cama y corriendo como un atleta de carreras cortas llegó primero a presentarse ante el suncho y detrás de Antonio llegaron otros soldaditos medio dormidos para anotarse como dadores voluntarios de sangre.

A continuación los hicieron vestirse rápidamente -cosa que a Antonio no había que ordenársela porque él se movía con celeridad- y les dijeron el lugar dónde debían presentarse para que les extrajeran la sangre. De inmediato buscó su moto y salió disparando hacia su casa; daba la casualidad que la Delegación Sanitaria Federal donde les indicaron que debían concurrir quedaba a la vuelta de su domicilio. Cuando entró a las cinco de la mañana a su casa, sus padres se asustaron creyendo que había tenido un accidente o que se había enfermado. A los besos Antonio los tranquilizó contándoles lo que sucedió, su mamá salió rápidamente a prepararle el desayuno y el muchacho tuvo que detenerla, ya que se tenía que presentar en la Delegación en ayunas, caso contrario se perdería los tres días de franco, que es por lo único que se preocupó en tomarse todas las molestias, ya que a él sólo le importaban los tres días de franco con los que lo iban a recompensar y -gracias a los cuales- se olvidaría del cuartel.

Cuando fueron las siete de la mañana, luego de haber conversado un largo rato -hasta por los codos- con sus padres, se fue a la “Sanitaria”. Lugar que así se conocía entre los estudiantes de bioquímica, que eran amigos suyos, el que quedaba enfrente del viejo hospital de la Ciudad, en la calle Falucho; esto lo hizo para presentarse a que le extrajeran sangre y ahí se encontró con los otros tres soldaditos. Cual sería la sorpresa de todos ellos cuando apareció el Capitán médico Pereyra -sí, el mismo que había tratado de exceptuarlo de la milicia- y les comunicó que ya no necesitaban la sangre para esa mujer. Esta novedad dejó a los cuatro atónitos, a Antonio poco le preocupó que ya la mujer no necesitara la sangre porque había mejorado y no la tendrían que operar, o simplemente,

porque durante la noche había pasado a dormir el dulce sueño de los muertos.

En ése instante todos los miliquitos al unísono comenzaron con una larga letanía acerca que no se los devolviera al cuartel y que necesitaban que les sacaran la sangre, aunque más no fuese para dársela a otro paciente que la podía necesitar. Uno de ellos adujo que siempre haría falta para conformar un banco de sangre; otro adujo que ya había sacado el pasaje para viajar a las ocho a Mendoza con el fin de estar con sus padres a los que no veía desde hacía más de veinte días y Antonio que sólo adujo que esos tres días de franco le iban a servir para rendir una materia “importantísima” de segundo año de psicología. Pereyra se río de todos ellos y luego de asustarlos un rato con que los iba a mandar de vuelta al cuartel, les ordenó que fueran a uno de los laboratorios en que los esperaban los técnicos para la extracción.

La verdad verdadera es que a Antonio nunca le hizo mucha gracia eso de los pinchazos en las venas -algo que le impresionaba- por lo cual a los bioquímicos les costaba encontrarle alguna de ellas, ya que con el cagazo que portaba contraía las venas hasta prácticamente hacérselas desaparecer para la vista del extraccionista. Pero esta vez todo fue diferente, estaba deseoso que cuanto antes se produjera la extracción y así fue como rápidamente le sacaron un poco de sangre. Desde hacía tiempo que Antonio sospechaba que después de procesar la sangre... en los laboratorios hacían morcillas para el domingo comérselas en un asadito.

Luego de la extracción, que a Antonio le pareció en la que le habían sacado como un litro de sangre, los enfermeros les aconsejaron a los colimbas que tomaran un fortificante desayuno y descansar un par de horas. Obvio es que cuando regresó a su casa ya la mamá lo esperaba con un sabroso tazón de leche con chocolate, acompañada de unos trozos de pan francés calentito -recién lo había comprado en la panadería de la otra cuadra- untado con dulce de leche y -luego de charlar un rato con sus papás- estos lo enviaron a dormir, ya que se había levantado muy temprano y, para colmo ¡pobrecito! lo habían desangrado.

Y Antonio pudo dormir cómodo sin tener que oler esas fragancias desagradables que contaminaban al galpón de la “compañía”, ni estar alerta a los gritos

que lo despertaran sorpresivamente de madrugada para desayunar. Se levantó al mediodía y en calzoncillos -de su propiedad, no aquellos que le proveyeron en el cuartel- recogió unos apuntes y un par de libros para ponerse a estudiar con el objeto de rendir una materia dentro de dos días. Antonio solamente salía de su habitación para la hora de la comida y aprovechar un rato para descansar hablando con sus padres. Es de hacer notar que su pieza la tenía decorada con fotos de sus ídolos en diferentes rubros, tales como el gran futbolista de River Plate, Angelito Labruna y las de músicos tan disímiles como Louis Armstrong o Richard Wagner y las de políticos y pensadores como Vladimir I. Lenin o Carlos Marx.

Habiendo llegado el tercer día de franco se fue a la Facultad a rendir la materia con la que se había devanado los sesos estudiando. Allí se encontró con un montón de compañeras -era el único varón en un curso de 45 mujeres- que lo llenaron de besos y mimos, a la vez que no dejaban de preguntarle por sus heroicas hazañas como un soldado que suponían estaba defendiendo a la Patria. Luego de conversar con ellas un rato le tocó el turno de rendir a él y, como no podía ser de otra manera, la mesa examinadora no dejó de preguntarle -brevemente- por su experiencia en los cuarteles del Ejército. Antonio rindió y salió contento debido a que estaba seguro que había dado un buen examen respondiendo correctamente todas las requisitorias del Tribunal, pero mayúscula fue su sorpresa cuando le informaron que le habían puesto solamente un seis y esto lo adjudicó a que los profesores eran unos putos clericales de mierda que no admitían sus ideas marxistas.

Con mucha bronca -oculta para que no lo notaran sus compañeras y los profesores que andaban por los pasillos- se despidió de sus amigas hasta la próxima vez que pudieran encontrarse; fue a buscar su motocicleta y ya sin disimular su bronca se fue echando putas hasta su casa. Frente a sus padres volvió a disimular su enojo y se tranquilizó conversando con ellos, aunque cenó temprano para mandarse a la cama sabiendo que se le habían acabado los tres días de jolgorio y que debería madrugar para regresar al infierno en vida.

Ya de regreso al cuartel no tuvo otra cosa que reiniciar la horrible costumbre de correr para ir a ningún lado, tirarse al suelo de cabeza, saltar como un sapo con hipo, aprender a hacer el saludo militar y limpiar cualquier cosa sólo porque se lo ordenaban... aunque ya estuviese limpio el lugar. Otra cosa que a Antonio lo fastidiaba y no comprendía era la razón de porqué a las seis de la mañana sonaba el estrepitoso clarín anunciando la diana; más, luego de un tiempo, comprendió la certeza de lo que le habían comentado acerca de la ridícula consigna militar de “*temprano, al pedo pero temprano*”. A esa hora había que abandonar el reparador sueño y levantarse medio dormido, vestirse rápidamente, tender la cama de forma tal que su superficie quedara tan estirada que cuando pasaba algún suboficial pudiese hacer rebotar en su superficie una moneda de diez guitas y volver a tomarla en sus manos.

Luego de ese trajín había que lavarse manos y cara, peinarse los cuatro pelos cortitos que le dejaron luego de rasurarlo y salir a formar fila para el desayuno que consistía en una taza de mate cocido con leche acompañado con un pedazo de pan recién salido del horno que estaba riquísimo. Posteriormente ir a lavar el jarro y... nada más, sólo caminar y no detenerse, haciendo permanentemente bolón de moco mientras andaba sin sentido alguno, como lo hacían los locos que había conocido en los hospitales psiquiátricos. Y a las siete de la mañana comenzaba la fajina del “orden cerrado” que era algo que parecía una cinta sinfín, se sabía cuando empezaba y nunca cuando iba a terminar. Si bien es cierto que todos sabían que al mediodía los llevarían a comer, sin embargo el tiempo parecía no transcurrir bajo el ardiente sol del verano y, para colmo, ningún soldado podía tener un reloj en su muñeca. Así fue que con el paso de los días los miliquitos se fueron acostumbrando a conocer la hora por el movimiento del sol (si Galileo leyera esto, sin dudas que lo quemaría, ya que el sol no se mueve).

Los domingos eran días especiales, los levantaban una hora más tarde, luego venía el ritual del desayuno y cuando terminaban con este, los llevaban a lavar y cambiarse las ropas que pudieran estar sucias para cerca de las 10 llevarlos a formar en el gran patio de la Plaza de Armas del Grupo. A ese lugar concurría

un sacerdote católico que oficiaba misa para todo el personal de uniforme. Bueno, esto de “para todos” es una manera de decir ya que quienes profesaban otra religión -o que eran ateos- estaban eximidos de asistir a la misa y entonces los destinaban a realizar tareas de imaginaria en los distintos puestos previstos para aquellos que no eran católicos, obviamente que esos no eran lugares como para mantener un idilio amoroso.

Antonio, como buen marxista, era ateo. Esto era algo que no lo podían comprender fácilmente los suboficiales, les resultaba inentendible que alguien no creyese en dios. Eso no era una persona, se trataría de una especie de monstruo que se iría a freír en el averno entre otros monstruos semejantes a él. Más aún, hasta llegó a haber algún suncho que creyó que Antonio era la viviente personificación del mismo Belcebú, que se había disfrazado, o mimetizado, de un pibe lindo y simpático para así lograr llevar clientes a su jefe en el infierno. En cambio, los oficiales eran capaces de concebir que hubiese alguien que sea creyente en otro dios, como era el caso de los judíos, pero también para ellos lo de Antonio era intragable, ya que todos los ateos respondían ciegamente a las órdenes que venían desde Moscú con el objeto de destruir nuestra forma occidental, democrática y cristiana de vida, o como decía un psicólogo nicara-güense -que también era sacerdote- “accidental y cretina”.

Es verdad, Antonio no era el único ateo, pero lo cierto es que los otros ateos que había en la colimba se hacían los boludos e iban sin chistar a la misa y hasta hacían como que rezaban, ya que sabían que si no lo hacían entonces iban a ser víctimas de alguna represalia por parte de los intolerantes de siempre. Pero Antonio prefirió sufrir las represalias antes de ser incongruente con sus ideas y, obviamente el castigo llegó: lo mandaron a limpiar los baños y las letrinas, que estaban cagados por todos lados.

El primer castigo fue como consecuencia que un domingo a la mañana se negó a asistir a la misa que se oficiaba en la Plaza de Armas del Grupo, así que Antonio no tuvo más que dirigirse a las letrinas, arremangarse, fruncir la nariz y no respirar por la boca, ya que si lo hacía de ese modo no iba a poder evitar el deseo de vomitar hasta las tripas.

Pero no todas fueron pálidas en esos primeros días de colimba. Un atardecer se enteró que no iría a su casa, ya que le comunicaron que debía ir a apostarse en una guardia que cubriría la custodia de una casa que ocupaba como recreo el jefe del Comando del III Cuerpo de Ejército -el General de Brigada Naveiro- en las cercanías del dique Cruz de Piedra y frente al Golf Club. No podía resistirse y tuvo que tomar un viejo fusil Remington -que no sabía utilizar y tampoco pensaba disparar con él- y lo hicieron subir a un viejo jeep con otros dos soldados y un Cabo Dragoneante -Escudero era su nombre y efectivamente parecía un escudero de los suboficiales que lo tenían cagando a toda hora y por cualquier motivo- que era un pedazo enorme de pelotudo y a cuyas órdenes tendrían que estar en la casa de descanso de la que disfrutaba el comandante del Tercer Cuerpo.

Ni bien llegaron al lugar se acercaron a una pequeña casa que constaba solamente de un dormitorio con tres camas y un baño, esa casucha estaba ubicada a unos cincuenta metros de la residencia del General y se encontraba rodeada de una espesa arboleda poblada de frondosos y viejos eucaliptos que, con la brisa que corría en la noche, dejaban en el aire la percepción de un agradable perfume. Antonio observó con detenimiento y curiosidad -cuando todavía se gozaba de algo de luz solar- cómo estaban distribuidos los árboles en la zona; esto lo hizo para no verse sorprendido golpeándose contra un árbol -en el futuro cercano- cuando tuviera que recorrer el lugar que le asignasen para estar apostado.

El Cabo Escudero llevó a los tres soldados a la piccita dejando a dos de ellos -entre los que se encontraba Antonio- en el lugar para que prepararan sus camastros e -inmediatamente- se llevó a uno de los colimbas para apostarlo. Ya de regreso a la pieza le informó a Antonio que, luego de que ingirieran la comida fría -que cada uno había llevado en su mochila- él sería el próximo en ir a cubrir la guardia. Por el momento podría dormir vestido hasta que Escudero lo despertara. Antonio intentó dormir bajo el sonido de una música que llegaba a sus oídos para alegrarlo y esto llegó a punto tal que en algún momento se ensoñó que estaba bailando con una mina bárbara -al compás de un bole-

ro ejecutado por el conjunto Los Panchos- y que esa muchacha estupenda e impensable que existiera lo franeleaba por todos lados, llegando este sueño a producirle una erección.

Como no podía ser de otra manera la satisfacción de la ensoñación -y cuando estaba a punto de acabar en sus calzoncillos- fue interrumpido por el hincha pelotas del Dragoneante Escudero que lo zamarreó de la casaca poco antes de las 24 para llevarlo a reemplazar al milico que estaba haciendo de imaginaria y que estaría deambulando cerca de la casa del General. Así marchó junto al Dragoneante hasta el lugar y cuando intercambiaron el santo y seña con el imaginaria apostado Antonio fue dejado solo entre la espesura boscosa a unos treinta metros de la casa -en la que estaban de fiesta- y con la misión de custodiarla mientras patrullaba cerca del alambrado perimetral de la quinta.

La verdad es que no tenía la más remota idea sobre qué es lo que tendría que hacer si se acercaba un intruso, aunque sí estaba seguro que no dispararía con el fusil que se había colgado del hombro derecho, tal como en alguna oportunidad le enseñara algún suboficial a hacerlo.

En esos instantes se produjo un hecho insólito, inesperado para Antonio y para cualquiera que pasara por esa situación. Desde la casa, en que seguramente estarían bailando, surgió una esbelta figura femenina que con una voz de sirena humana iba acompañando el tema musical que salía de las entrañas de donde se celebraba la fiesta y se acercaba hacia él de una manera por demás insinuante hasta para el más ingenuo. Antonio se quedó petrificado, ni siquiera pudo atinar a pedirle el santo y seña, solamente pensó que se había dormido de pie, hasta que la muchacha -cuyas piernas estaban enfundadas en unos estrechos pantalones blancos- y cuya larga cabellera oscura se movía suavemente con su andar sensual y se fue acercando hacia donde estaba ubicado Antonio y -a medida que ella se movía- a él esa forma de caminar le pareció cada más provocativa y excitante. Después de unos segundos -que le parecieron eternos- la muchacha por fin estuvo a su lado.

La jovencita, que no tendría más de 18 años, muy suavemente le preguntó algo que Antonio consideró idiota:

-“¿Qué estás haciendo por aquí, muchacho, vestido de uniforme?”.

Antonio no supo que responderle, solamente alcanzaba a mirar desorbitado el escote por el que emergían dos turgentes senos que lo mantenían encandilado. La mina le hizo olvidar su misión militar, al Dragoneante Escudero y a todo lo que no tuviese que ver con la pendeja que cada vez se acercaba más hacia él. Pero, a la vez, no todo era alegría ni entusiasmo para Antonio; se había quedado inmovilizado, como petrificado al sentir en uno de sus oídos esa voz poderosa -y asquerosa- cuando en el cuartel le gritaban ferozmente un: “¡ALTO!”. Sin embargo Antonio no se amedrentó ante esa falsa advertencia con que le había jugado una mala pasada -o jugarreta- su prolífica imaginación.

Tratando de evitar temblores en su voz respondió casi sin titubear:

“Estoy haciendo guardia para cuidarlas a ustedes mientras están de fiesta”. A lo que agregó, sin darse cuenta que lo hacía:

“¿Cómo te llamas?”.

A lo cual la chica contestó con agrado:

“Mi nombre es Patricia y me dicen Paty. ¿Y vos cómo te llamas?”.

“Soy Antonio”

“¡Ah, Tony!”.

“No Patricia, soy Antonio y me gusta que me llamen así. No me agrada que reduzcan mi nombre al inglés. Es por una cuestión de principios”.

Antonio hizo resaltar el nombre Patricia, como haciéndole saber que no la llamaría Paty.

La muchacha lo quedó mirando extrañada como si se tratase de un marciano. No era posible que un pibe joven y lindo quisiera que lo llamen por un nombre que es propio de un gallego y, además, mersa. Sin embargo esto lo guardó en su garanta y solamente le dijo:

“¿Qué, acaso te pasa algo contra los ingleses? ¿No será por lo de las Malvinas?”.

Y él no pudo de dejar de contestarle con la franqueza que lo caracterizaba:

“Sí, es por eso y, además porque soy comunista”.

Ante la respuesta ella se quedó boquiabierta, daba la impresión que nunca se había encontrado con semejante espécimen de bicho raro. Efectivamente,

en el entorno social que frecuentaba esos bichos raros no existían. De cualquier forma se recompuso con rapidez y pudo más el atractivo sensual que las consideraciones ideológicas que, por supuesto, brillaban por su ausencia en su cabecita de niña bien y, sin meditarlo, se le acercó y tomándolo suavemente del brazo izquierdo le preguntó:

“¿Por qué no nos ponemos a bailar? Podemos hacerlo aquí mismo o ir adentro, así podemos tomarnos unos tragos mientras bailamos con los otros”.

De más está decir que ni bien Patricia le tocó el brazo a Antonio comenzó a producirse una erección y ahí nomás bajó el arma al suelo y tomó a ella de la cintura para comenzar a moverse al compás de la música que salía de la casa. Para colmo desde el tocadiscos de la residencia salían unos sonidos suaves, románticos, los que dieron lugar a que rápidamente el baile se convirtiera en un estrecho abrazo “cara a cara”. Sin poder contener su calentura Antonio le puso la mano derecha sobre el culo, a lo cual ella no puso reparo alguno. Más aún, Patricia dejó de acariciarle la nuca para bajar su mano derecha hasta la entrepierna de él donde sin sorpresa encontró un bulto grande, el que empezó a acariciar suavemente mientras lo besaba en los labios. Primero fue un beso casi familiar, aunque de inmediato intercambiaron sus lenguas -alternativamente- en las bocas de los amantes.

Y el resto de que ocurrió queda librado a la imaginación del lector. Solamente agregaré que Antonio apenas tuvo tiempo de arreglar un poco su uniforme antes que apareciese por entre los arboles el Dragoneante a reemplazarlo, mientras ella desaparecía en el interior de fiesta.

De regreso a la casucha recibió la orden de volver a acostarse en la cucheta que estaba libre y entonces Antonio no pudo dormirse inmediatamente sino que comenzó a pensar y reflexionar acerca de lo ocurrido un rato antes en el bosquecillo, antes de despedir a Patricia con un beso rápido porque temía que estuviese por hacer su aparición el maldito Dragoneante. Llegó a la conclusión que si bien Patricia era una mina desopilante con la que se dio el gusto de “limpiar el sable” -como le decían los milicos al acto de coger-, sin embargo esta no era una mujer de su tipo y, sin dudas, para ella habría ocurrido algo

semejante. Ninguno de los dos se acordó de intercambiar direcciones ante de despedirse... o -quizás seguramente- no tuvieron la más pálida intención de hacerlo. Para ambos no pasaría de ser una extraña y ardorosa aventura entre los árboles y sobre el césped.

Cerca de las ocho de la mañana fue sacudido como una bolsa de papas por Escudero, esto es para que con el otro colimba preparasen el mate cocido con el objeto de tomarlo los cinco juntos, cuando aquel regresara con el milico que estaba apostado como imaginaria. Los dos milicos cumplieron con su obligación mientras preparaban sus mochilas y acomodaban los camastros.

Cuando terminaron de desayunar -parados- recibieron la orden de subir al jeep que vino a buscarlos. En el trayecto Antonio no pudo dejar de recordar la noche de pasión pasada con Patricia, la evocación fue consecuencia que se limpiaba algunas hojas de las bombachas.

CAPÍTULO 5

UN BAILE QUE HIZO HISTORIA

El 15 de febrero de 1962 fue un día histórico para los colimbas de la clase 41 incorporados a la Compañía Comando del Tercer Cuerpo de Ejército. Han pasado más de cincuenta años de aquel episodio que voy a contar y los que aún han sobrevivido al paso inexorable del tiempo todavía lo recuerdan con una mezcla rara de horror y gracia.

El transcurso de la mañana de ese 15 de febrero fue el habitual a todas las mañanas que se tienen que pasar en cuartel; luego de almorzar hicieron subir a los milicos hasta la cuadra para que durmiesen una siesta en una tarde en que la canícula de ese verano se hacía sentir con mucha fuerza. Antonio ya estaba listo para recibir la orden de subirse a apolillar en su cama, pero... escuchó por los gritos de un suboficial que lo habían nombrado para hacerse cargo de la “bruja” -en condición de imaginaria- adentro de la compañía. No había lugar a discusión alguna, así que resignó satisfacer su ansiada siesta y tomó la “bruja” para empezar a limpiar, mientras sus compañeros gozaban del placer de estar en los dulces brazos de Morfeo.

Y, lo curioso de este día, fue que hasta el suboficial que estaba a cargo de la semana se tomó el “piro” junto al resto de sus compañeros. Se fueron al Casino de Suboficiales a festejar el cumpleaños de alguno de ellos, esto es, chupándose hasta las canillas, como era su costumbre. De tal modo que el único que iba a quedar como responsable de la “compañía” era el imaginaria de turno, es decir, Antonio.

Más, los compañeros de Antonio no tenían muchas ganas de dormir sino más bien de hacer quilombo, sobre todo en conocimiento que no quedaba

ningún suncho en la cuadra. Fue así que comenzaron con fuertes risotadas por cualquier idiotez que hubiera dicho en voz baja alguno de ellos o algún disparate hecho por alguno de los reclutas. En la medida que veían que no había represión alguna la joda fue creciendo, siguió arrojándose almohadas hasta que terminaron a las patadas, piñas entre ellos y hasta tirándose con las camas cuchetas; por supuesto que todo esto iba acompañado de un griterío que se oían desde la calle interior, aun teniéndose en cuenta que la “cuadra” estaba en el segundo piso del edificio.

Antonio no tenía autoridad como para poner algo -como tampoco ninguna- de orden en la cuadra ya que era compañero de ellos y no le daban ni cinco de bola a sus reclamos que se calmasen. De tal manera que él que siguió pasando la “bruja” -haciéndose el boludo- por el piso en los lugares más alejado donde el despelote era más intenso y, por otra parte, aunque lo hubiera querido hacer no podía, ya que un imaginaria era semejante a un centinela, vale decir, no podía dejar su puesto.

Y el despelote continuaba en crecimiento y en un momento Antonio miró por una de las ventanas que daban a la calle interior que estaba frente al alojamiento de la compañía; así observó que venía echando putas, desde el Casino de Suboficiales, el Principal Vallejo que corría dando tumbos como si fuera un muñeco al que le falla la base.

No había que ser muy sagaz de entendederas como para darse cuenta que Vallejos se acercaba con un pedo infernal y, ya antes de llegar al edificio donde supuestamente debieran estar durmiendo los reclutas, venía haciendo sonar el pito -que llevaba en su boca- como un enloquecido. Antonio, temeroso de las reacciones de aquel se puso a limpiar en la puerta del galpón, hasta que entró Vallejos borracho como una cuba, pasó a su lado como si no lo hubiera visto y, entre pitazos y gritos, comenzó a amedrentar a los muchachos que jugaban y peleaban como si estuvieran en un pelotero para adultos.

Luego de tantos gritos y hasta empujones violentos -hasta voló alguna trompada- contra los reclutas más díscolos, logró que la situación se calmara y los hizo formar al lado de sus camas. Vallejos ordenó -como siempre aullan-

do gritos ensordecedores- que se pusieran las alpargatas y salieran corriendo, como estuviesen vestidos (o desnudos), hacia abajo. Antonio también quiso bajar pero un Cabo Voluntario -el ya famoso Dragoneante Escudero y que le hacía honor a su apellido por su condición de alcahuete- que había llegado junto a Vallejos a la compañía le recordó a Antonio que ningún soldado podía abandonar la guardia, pasara lo que pasase, y añadió -en el colmo de la estupidez- que la “bruja” que tenía entre las manos era semejante al fusil que empuñan los soldados cuando están apostados en un puesto de guardia.

De tal modo fue que Antonio se quedó solitario en la cuadra, mientras con estupor y bastante asustado veía y oía como bajaban corriendo por la escalera sus compañeros, tal como si fueran un malón de indios. Oía a las alpargatas que calzaban sus patas sucias golpeando contra los escalones; con ellas levantaban una nube de polvo que subió hasta donde él estaba y se le metía en la garganta, haciéndolo toser y tener arcadas -esto posiblemente por el olor hediondo que despedían los golpes de las alpargatas- y, simultáneamente, se daba cuenta que tendría que limpiar como un energúmeno el piso, pasándole la “bruja” sin parar, no fuera cosa que cuando subiera el Principal Vallejo -o cualquier otro suboficial- advirtiera alguna suciedad y lo descubriesen a él haciendo bolón de moco en la cuadra.

Pero la curiosidad que sintió fue más grande que el razonamiento que se había planteado al término del párrafo anterior. Antonio quería saber que es lo que sucedía en el patio de abajo con sus compañeros. Entonces miraba por la ventana y veía un espectáculo más propio de una película sobre cómo se vivía en un campo de concentración nazi cuando castigaban a los prisioneros. Pero en su fuero íntimo Antonio debió reconocer que lo que veía no lo había visto nunca y estaba confundido: por un lado estaba contento al haberse salvado de la milonga que estaban sufriendo los muchachos, mientras que por otra parte estaba temeroso de las represalias que pudiera tomar contra su persona el Principal Vallejos cuando subiera a la cuadra haciéndolo responsable del quilombo que había ocurrido cuando lo habían dejado responsable de la cuadra como imaginaria.

La milonga para los milicos comenzó a eso de las dos de la tarde, el gordo Vallejos recorría la callecita que se encontraba al pie de la Compañía con el pito en la boca, en camiseta musculosa y con el cinturón por debajo de la panza, lo cual significa que tenía los pantalones más abajo que uno de “tiro bajo”.

Pero eso no producía risa alguna en los soldaditos que corrían como locos al sonido de un pitazo y se detenían en seco al sonido de dos pitazos, luego de otra orden -salida de aquella boca alcoholizada- se tiraban de cabeza sobre el pavimento y se levantaban con otros dos nuevos toques de pito, aunque previamente debían hacer algunas “lagartijas” sobre el pavimento caliente a más de 40 grados de temperatura.

Durante el baile algunos soldados alcanzaban a esconderse de la locura del Principal Vallejos aprovechando alguna corrida escapándose para meterse detrás del edificio o de algún árbol grueso. Como Vallejos tenía una curda de película no notaba la ausencia de ellos. Pero de los que se quedaron a sus órdenes algunos se desmayaron sobre el suelo y otros llegaron a vomitar hasta las tripas. Los primeros eran ignorados olímpicamente por el suboficial, mientras que los segundos eran obligados a tirarse sobre el vómito que manchaba el piso.

Esto continuó hasta eso de las cuatro, hora en que llegó al lugar el petizo y rechoncho Teniente Chávez quién a los gritos llamó ante sí al gordo Vallejos. Lo cagó a pedos y dio por terminada la milonga. Vallejos no volvió a subir a la cuadra por una semana, ya que estuvo en el calabozo curándose la mamúa y esto lo festejaron todos los soldados que sufrieron las consecuencias de su locura etílica. La afición por el alcohol entre los militares pudo llegar a comprobarla Antonio con el paso del tiempo y la corroboró años más tarde con la triste experiencia en las Islas Malvinas a la que arrastró al país el temulento General F. Galtieri y gracias a la cual murieron centenares de soldados.

Por todo lo relatado el 15 de febrero de 1962 fue un día histórico para los soldados de la Compañía Comando del Tercer Cuerpo de Ejército. Aún, pasados más de 50 años de aquel episodio, quienes todavía sobreviven al paso del tiempo y a los rigores de la salud lo recuerdan, ahora entre risas y comentarios

festivos... agregando algunas puteadas contra el Principal Vallejos y a la mayor parte de los oficiales y suboficiales a cuyos mandos caprichosos debieron someterse durante un año y algunos todavía unos meses más.

CAPÍTULO 6

LOS ACOMODOS DE LOS OTROS... Y EL DE ANTONIO

A menos de un mes de estar incorporado Antonio observó que la mayoría de sus compañeros -que estudiaban en la Universidad- se iban acomodando con distintos generales o coroneles que tenían destino en el Tercer Cuerpo de Ejército, los cuales estaban a cargo de las diversas Divisiones, como ser las de infantería, caballería, artillería, inteligencia, logística, etc. Estar al servicio de estos jefes les permitiría a los colimbas, entre otras cosas, no tener que hacer orden cerrado -o interno- ya que estaban a las órdenes de un oficial superior que los eximía de tales obligaciones. Asimismo, algunos podrían salir con los autos de sus jefes y pavonearse alrededor de la plaza central de San Luis en sus relucientes vehículos -que ellos habían tenido que lavar y lustrar- y, sobre todo, lo mejor es que no tenían que retornar al cuartel a comer ya que sus jefes los necesitaban cerca de sus domicilios para satisfacer algún capricho de su familia... o de sus mujeres histéricas.

Algunos otros de sus compañeros se acomodaron como soldados de órdenes de algún oficial superior de menor jerarquía que Coronel, lo cual significaba que debían estar siempre de pie en la puerta del despacho de sus jefes atentos a que aquel se les ocurriera mandarlos para llevar un expediente a otro oficial jefe o para ir a buscar algo en otra oficina.

Esto era en el mejor de los casos, lo habitual es que mandaran al soldado de órdenes a hacer las compras -que la mujer del Oficial les acababa de pedir telefónicamente- en algún almacén o supermercado; eso le servía a los soldados para boludear un rato por las calles y, además, en reconocimiento por el servilismo les eximían de quedarse en el cuartel durante la noche.

En este sentido nunca iba a olvidar a la figura del soldado al que llamaban “Gordo del Perro”, quién en su opinión -y la de otros colimbas- era el mayor “lame bolas” que conoció. El Gordo siempre andaba bien atildado y mantenía perfectamente lavado y lustrado el vehículo de su jefe -como para poderse reflejar en un espejo- y, lo más divertido, era verlo correr como un pichicho a abrirle la puerta al auto del Coronel cuando el vejete bajaba de su oficina para subir al vehículo.

Por último quedaban los que se habían acomodado como soldados oficinistas en alguna de las múltiples dependencias administrativas del Comando, que no eran pocas. Estos tenían como única ventaja no hacer guardias ni tener que estar a la mañana haciendo corridas o tirándose al suelo como tontos, junto al resto de sus compañeros. O, lo peor, tener que llevar a cabo la asquerosa tarea de limpiar los baños, esto era así ya que parecía que algunos soldados nunca habían cagado en un inodoro y, entonces, no tenían mejor ocurrencia que hacerlo en el suelo, pero lo peor es que no usaban papel higiénico y así limpiaban sus dedos llenos de mierda en las paredes de los cubículos. Y todos estos pibes acomodados tenían -además- la ventaja de poder estar un rato a la tarde en la calle, ya sea estudiando en sus casas, asistir a clases o simplemente vagar con sus amigos hasta la tardécita, hora en que tenían que volver a presentarse como corderos en el cuartel.

Haber observado estos acomodos de sus compañeros llenó a Antonio de una mezcla de envidia y de bronca, sobre todo porque él no era beneficiario de esas ventajas y se sentía un boludo galopante. Entonces decidió averiguar con algunos de los que se habían acomodado como lograron llegar a ser miembros de esa casta con una condición privilegiada... aunque no dejaba de ser servil. Así llegó a la conclusión que todos ellos tenían algún tipo de relación familiar o amistosa con oficiales jefes del Comando y su drama se acrecentó cuando se dio cuenta que él no tenía ninguna relación con alguno de ellos ya que era foráneo.

Cuando comentó esto con su familia el papá -ni lerdo ni perezoso para estas cosas cuando se trataba de su hijo- recordó que él conversaba de vez en

cuando con un Teniente Coronel ya Retirado del Ejército -Páez Montero era su nombre- que vivía a una cuadra de su casa y que él aprovecharía un próximo encuentro callejero con aquel para hablarle casualmente del tema y recomendarle el nombre de su hijo para ver si aquél podía hacer alguna gestión con sus viejos camaradas de armas para así poder mejorar la situación de Antonio en la colimba.

Pasados algunos pocos días el padre le tuvo la novedad que ese oficial que él conocía -como vecino- era muy amigo del Jefe de la División Central de Comando -otro Teniente Coronel que era quien tenía a su cargo la distribución del personal al interior de esa unidad, entre otras cosas- y que le pasaría los datos de Antonio para ver que podía hacer por Antonio. Pasaron los días y el Teniente Coronel Gilbert -que así se llamaba el tipo que lo podía sacar de las actividades rutinarias de la cuadra- no lo citaba y ya no aguantando más la espera le pidió autorización al jefe de su unidad, aquel Teniente rechoncho, cuyo apellido era Chávez, para ir a la oficina de Gilbert. Chávez se rió, sonó una estruendosa carcajada desde su boca de chanchito que a Antonio le hizo helar la sangre; inmediatamente pensó -y llegó a temer- que el ogro del Teniente Chávez le ordenaría hacer una cuadra -o más- de salto de rana lo cual logró que se enfureciera consigo por haber sido tan pelotudo de haber hecho semejante solicitud.

Sin embargo, no ocurrió lo que Antonio tanto temía que sucediese, por el contrario, Chávez continuó riéndose y lo tomó de un hombro en una actitud paternal, la cual le pareció estúpida. Entonces el Teniente le preguntó si estaba seguro de lo que quería hacer, agregando que el Teniente Coronel Gilbert era el tipo más duro -un cascarrabias bárbaro- que había en toda la Guarnición San Luis y que hasta los oficiales tenían temores de presentarse a su despacho cuando eran convocados por él. Así fue que, inesperadamente, el Teniente rechoncho lo autorizó a presentarse en el despacho del temible Gilbert.

Con sumo esmero Antonio se vistió con la ropa de fajina bien limpiécita -todavía no les habían provisto las pilchas de salida- se calzó el birrete tal cual como le habían indicado que debía hacerlo y partió hacia el destino que lo enviaría a la gloria, a un calabozo o a continuar limpiando letrinas. Pero las

alternativas existentes para él no eran equipotentes, sus deseos de escapar del infierno del cuartel tenían una poderosa relevancia en su psiquismo, por lo cual se arriesgaría a las penas que pudiese sufrir. Partió hasta la sede del Comando pasando por la guardia del Grupo donde mostró la autorización del Teniente Chávez y cruzó la calle hacia su destino incierto.

Una vez llegado al predio donde estaba el edificio del Comando le preguntó a un soldado -de la clase anterior- donde quedaba el despacho que buscaba, el milico lo miró como si Antonio estuviera loco, o fuese un marciano, pero sin titubear le indicó el lugar ubicado en la planta baja del edificio. Hasta ahí se trasladó con destino a la oficina que tenía una chapa indicando que era la que él buscaba; entonces se cuadró ante la puerta -que estaba abierta y se veía a un oficial muy rígido -con cara de que le dolía el estómago sentado detrás de un escritorio cubierto de papeles- y con voz fuerte, como corresponde a un soldado, dijo:

-“*Parte para el Teniente Coronel Gilbert*”.

En esos momentos sintió que la voz se le había aflojado y que las rodillas golpeaban entre ellas, pero continuó en la posición de firme esperando que saliera alguna respuesta desde el interior de la oficina. Pasaron unos instantes -que le parecieron siglos- hasta que escuchó una voz ronca, casi aguardentosa, que salía desde el interior de la oficina y que exclamaba:

-“*¿Qué pasa?*”

No supo que responder a eso y se quedó helado junto a la puerta. Segundos más tarde se escuchó la voz aguardentosa que le ordenaba:

-“*Pase, recluta*”.

Estos dichos le dieron la pauta que pese a no estar mirando hacia la puerta, sin embargo el Teniente Coronel había advertido su presencia, lo cual era obvio porque se había anunciado.

Haciendo de tripas corazón avanzó a través del espacio abierto que había dejado la puerta, se sacó el birrete y se cuadró frente al escritorio con los dedos mayores pegados a la costura de las bombachas y mirando hacia el frente de sí, sin mirar a su interlocutor. Permaneció discretamente callado hasta que escuchó una pregunta:

-“¿Qué ocurre, recluta?”

Ante el requerimiento del oficial le dio su nombre, a lo cual este hizo un leve movimiento afirmativo con su cabeza peinada a la cachetada con una biaba de gomina.

Ya estaba jugado, no podía echarse atrás y sin más, haciendo de tripas corazón se presentó como le habían enseñado que debía hacerlo ante un superior. Entonces le contó al Teniente Coronel que él era estudiante de Psicología y que deseaba tener un destino que le permitiera asistir a clases en la universidad en horas de la tarde. Gilbert no dijo palabra alguna, despaciosamente levantó sus ojos del expediente que tenía delante de él, se retiró las gafas y lo midió de arriba a abajo un par de veces, como si se tratara de un animal con destino al matadero. A Antonio le surgieron unas ganas bárbaras de escaparse, de no estar más en esa oficina, de correr al cuartel y refugiarse detrás de un algún árbol grandote esperando que lo fuese a buscar una patrulla de la policía militar para llevarlo un par de años a un calabozo. Grande fue su sorpresa cuando escuchó que el Teniente Coronel le requería lo siguiente:

-“¿Sabe escribir a máquina?”.

No podía creer lo que escuchaban sus oídos, el Teniente Coronel gruñón le estaba haciendo una pregunta fácil. Con voz tenue logró articular un:

-“Sí”.

-“Pero, ¿sabe o no sabe escribir a máquina?”.

Le preguntó un tanto ofuscado el tipo que parecía un perro, no sólo por su actitud sino también por su cara. Y continuó de esta manera el interrogatorio que había iniciado:

-“Necesito un soldado que sepa escribir a máquina para la Mesa de Entradas del Comando, ¿sabe o no sabe escribir a máquina?”.

A lo cual Antonio respondió:

-“Y... más o menos”, tras lo cual esperaba que lo echara con la misma fuerza que una escupida de trompetista.

Más no ocurrió nada de eso, era como que el ogro se hubiese apiadado de tener frente suyo a semejante pelotudo y, con una voz más suave le sugirió:

-“Bueno, hagamos una cosa. Le doy una semana para que aprenda a escribir con rapidez en la máquina de la oficina de Mesa de Entradas”.

Antonio iba a responderle que no podría ir a una academia a aprender mecanografía, pero el Teniente Coronel no le dio tiempo a ninguna interrupción y al toque le enunció una propuesta que lo dejó boquiabierto por lo inesperada:

“A partir de hoy, después de almorzar se me vendrá a la oficina, se me sentará frente a la Remington y me [obsérvese que le hablaba como si fuera un objeto de su propiedad] copiará todos los papeles de Correo Ejército que encuentre. Y esta noche se traerá su colchón desde la compañía y se me quedará a continuar ejercitándose con la máquina hasta que le de sueño y a la mañana mete el colchón adentro de uno de los armarios. Yo me encargaré de avisarle al suboficial de semana la novedad. Dentro de una semana o usted escribe como una luz o se pasará el resto de su Servicio Militar en las caballerizas lustrándole el pelo a mi animal, al que quiero mucho. Cuando lo haya examinado Ud. será el soldado a cargo de la oficina bajo la supervisión y control del Suboficial Principal Rojo”.

Después de escuchar aquellas palabras Antonio no sabía si estaba viviendo un sueño o una pesadilla. Por un lado se veía disfrutando de las tardes y, por otro lado, se veía hecho un imbécil mientras le sacaba lustre al pelo de un maldito caballo. No sabía si dar las gracias por el ofrecimiento o eso era algo no permitido en la fuerza, podía ser considerado como una mariconada y eso no les caía bien a los milicos, aunque entre aquellos hubiera más de uno que siempre andaba con los cubiertos preparados en sus bolsillos.

Inmediatamente el Teniente Coronel añadió en tono fuerte y ojos cejijuntos:

“Si le es útil al Ejército preparando las planillas de Correo Ejército para despachar la correspondencia del Cuerpo en la bolsa antes del mediodía, entonces, a partir de ahora, tendrá la oportunidad de salir del cuartel antes del almuerzo y regresar antes de la cena, con lo cual podrá continuar sus estudios en la Facultad”.

Esto último fue la frutilla del postre de lo que se había propuesto ir a buscar, ya que con este trabajo se lo eliminaba automáticamente de las listas de los

que estarían apostados en los puestos de guardia. Ni bien escuchó la orden del Teniente Coronel para que se retirara de la oficina de aquél, se cuadró y salió disparado como un cohete a comunicarle la novedad al rechoncho Teniente Chávez. Cuando se presentó y le contó la buena nueva para él, este lo escuchó atentamente, no podía creer lo que escuchaba y le advirtió que si le estaba mintiendo se pasaría una semana entera -o un mes- limpiando los baños de la “Compañía” con la lengua, cosa que de sólo pensarlo lo llenaba de asco, pero estaba seguro que eso no iba a ocurrir.

Pasados unos días de aquel episodio en la oficina del Teniente Coronel gruñón y mientras se acostaba en la oficina a las 11 de la noche, luego de machacar con sus dedos la vieja máquina de escribir desde las tres de la tarde, intentó recuperar de alguna manera como fueron los hechos de lo ocurrido en su entrevista con Gilbert. Así alcanzó a tomar conciencia que el Teniente Coronel lo había tratado con una deferencia especial no porque estuviera con un ataque de bondad que lo hubiese enfermado transitoriamente de amabilidad, sino que lo hizo gracias a la palanca que había movido su padre con aquel oficial retirado -el Teniente Coronel (RE) Páez Montero- que vivía cerca de su domicilio. La palanca movida por su padre había surtido un efecto que Antonio no podía haber previsto ni por las tapas.

Ya integrado oficialmente en la Mesa de Entradas se encontró con que ya había dos soldados más destinados en aquella oficina, donde tenía previsto hacer su tarea por un tiempo, cosa que lo sorprendió poco gratamente ya que los consideraba algo así como competidores de él, de aquello que le había comprometido el Teniente Coronel Gilbert.

Pero no tuvo mucho tiempo para meditar sobre el tema ya que de inmediato hizo su presencia en el lugar el Suboficial Principal Rojo, quién estaba a cargo de los soldados de ése despacho y puso las cosas en su lugar; le encargó a Antonio que primero se hiciera responsable de la recepción de la correspondencia y distribución interna de la misma y luego del despacho fuera del cuartel de la correspondencia que había que distribuir en la ciudad, especialmente a la Casa de Gobierno y a los Tribunales, esto sobre todo porque Antonio tenía una motocicleta que le permitía hacer los trámites con rapidez.

Al recluta Rearte -un soldado proveniente del interior de la vecina Provincia de Mendoza y de cuyo nombre de pila Antonio, después de más de cincuenta años no lo recordaba- le encomendaron que se hiciera cargo de la distribución interna de los expedientes entre las diferentes oficinas del Comando. Mientras que el otro era el soldado “negrito” Morales, un muchacho del interior de la Provincia de San Luis, quien tenía muy pocas luces, al que -precisamente por la falta de talento- el Principal Rojo le encargó la limpieza y mantenimiento del despacho de la Mesa de Entradas. Es de hacer notar que Rojo no trabajaba en esa oficina junto a los tres soldados, sino que estaba a unos diez metros de distancia en una habitación donde registraba la entrada y salida de expedientes que llegaban al Comando y a la cual no dejaba pasar a persona alguna por atrás del mostrador... salvo que se tratara de un jefe.

Antonio dormía en el cuartel y a las ocho le permitían salir disparando en su motocicleta a recoger en el Correo la correspondencia que estuviera dirigida al Comando. Esto significaba que cuando él llegaba al viejo Correo de la Ciudad para colocarse en

la fila de todos los empleados administrativos de la Provincia que hacían el mismo trámite que él. Otro tanto hacía la hija de un repartidor de periódicos -el “Tronco” Besia- la que tenía como misión recoger en las oficinas del Correo los diarios aparecidos durante la mañana anterior en la Capital Federal, como se llamaba por entonces a la actual Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El trámite llevaba alguna demora, ya que Antonio llegaba a la “cola” detrás de muchos otros oficinistas, lo cual implicaba que llegara al Comando bastante después de las nueve y con lo que se atrasaban todos los actos referidos a la distribución interna de la correspondencia y, sobre todo, el ingreso de expedientes para que pudiera hacer su trabajo el Principal Rojo.

Entonces a Antonio se le ocurrió una idea que creyó que podría ser genial, con la cual debía seguir diferentes pasos estratégicos. Su propósito era que se le autorizara dormir en su domicilio, así diría que se levantaría a las seis de la mañana para llegar al Correo a las siete, de manera de estar primero ante la ventanilla de “abonados” para retirar la correspondencia cuando abriese el

encargado de la ventanilla y salir disparando con las bolsas de correspondencia a eso de las ocho y diez -ocho y cuarto a más tardar- llegando al Comando cinco minutos después con el objeto de dejarle las bolsas llenas de sobres -algunos “confidenciales” y “secretos”- al Principal Rojo para que aquél empezase con su rutinario trabajo del día de ordenarlos y destinarlos a donde correspondiese.

Para obtener éxito en la maniobra estratégica que había diagramado primero debería hablarlo discretamente con Rojo, que era el tipo más interesado en que esto se concretara. ¡Ojo! En realidad el Principal no era el más interesado en el éxito de la maniobra, sino que era Antonio, ya que si todo salía como él deseaba, podría dormir en su camita hasta un poco antes de las siete de la mañana, a la par que desayunar con sus padres la leche con chocolate bien caliente y un par de rodajas con dulce de leche, todo esto previamente a montar en su motocicleta para salir echando putas a su “trabajo”. Y, lo mejor de todo esto es que no tendría que dormir en el cuartel, aguantándose el olor a patas, a bolas y a sobaco de los otros colimbas, ni tener que tomar el desayuno horrible que les daban.

Pues bien, una mañana que -lo que hizo con la más perra de las intenciones- llegó desde el Correo después de las nueve de la mañana y cuando Rojo estaba más que irritado por la demora, aprovechó para comunicarle su plan poniendo énfasis en que -si se concretaba- él llegaría con la correspondencia no más allá de las ocho y veinte. Impaciente, Rojo le inquirió como podría ser eso posible, a lo cual Antonio respondió que si lo autorizaban, él se comprometía a estar primero en la fila, con lo que no debería demorar mucho en retirar la correspondencia y salir rajando para el Comando. Así Rojo picó el anzuelo y lo autorizó a comunicarle la novedad al encargado de la Compañía, diciéndole que ya contaba con el apoyo del Teniente Coronel Gilbert -lo cual no era cierto- pero Rojo lo autorizaba a comunicarlo.

Antonio esperó ansiosamente tener un ratito libre entre sus obligaciones para salir a buscar en la Compañía al Teniente Chávez -que estaría haciendo bailar a los soldaditos que no se habían acomodado- para comunicarle la novedad, es decir, la autorización del Principal Rojo para quedarse en su casa a la

noche. Chávez no se sorprendió con lo que Antonio le comunicaba y entre risitas socarronas le dijo:

“No te me ofendas, pibe. Pero vos sos un flor de hijo de puta. Me imaginaba que tramabas algo así, pero nunca sospeché que lo lograrías tan rápido. Está bien, yo le voy a informar la novedad al Suboficial de Servicio para que te lo registren en el detal y no habrá problemas.”

Y Antonio no se ofendió sino que simplemente le agradeció al Teniente que hubiera aceptado la propuesta suya, pero que venía avalada por un oficial superior. Lo de “hijo de puta” no lo molestó en lo más mínimo a sabiendas que venía de la boca de un auténtico hijo de puta. Por otra parte, a Antonio no le resultaba una hipocresía agradecer algo que lo beneficiaba, él sabía que en la milicia no estaba bien visto agradecer, a veces lo tomaban como cosa de putarrones, pero él era un tipo que también sabía que en la vida había que ser agradecido, ya sea en la mili o en cualquier parte en que se encontrara.

Así fue como Antonio logró acomodarse en la mili, sin necesidad de ser sirviente de nadie ni estar lamiéndole las botas a algún oficial jodido.

Por supuesto que aquello que le dijera Gilbert que saldría antes del mediodía nunca llegó a cumplirse; normalmente llegaba a almorzar a su casa pasadas las 2 de la tarde. Pero esto poco importaba, sus padres se avinieron a almorzar un poco más tarde con tal de hacerlo los tres juntos.

En cuanto a continuar sus estudios pudo hacerlo sin mayor dificultad -ya que cursaba de tarde- y hasta tuvo tiempo para rendir materias adelantadas. Como sería el éxito de lo logrado que cuando entró a la colimba debía cursar el tercer año y al finalizar este no sólo había logrado meter las materias que quedó debiendo de segundo año sino que aprobó todas las de tercero y hasta rindió libre un par de cuarto para adelantarse en los estudios.

El éxito académico se debió a una estrategia perversa que utilizó Antonio. Mientras que todos los milicos cuando estaban de franco tiraban el uniforme al carajo y se quedaban con ropas de civil para salir a la calle, Antonio usaba el uniforme para ir a la Facultad, con lo cual lograba que los profesores fueran algo más condescendientes con “ese pobre miliquito”.

Inclusive, cuando iba a rendir un parcial -o inclusive una materia- se revolcaba en la tierra del patio de su casa para llegar mugriento al examen, tal como si hubiese salido de un baile en el cuartel, con lo cual conseguía alguna cuota de conmiseración por parte de los examinadores. Hasta hubo una materia que la daba un profesor católico ultramontano -que lo tenía cruzado a Antonio y que él no podía ni oír- por el ateísmo de Antonio. El profe daba historia de la filosofía medieval y la rindió libre. Pues bien, el tipo le aprobó el escrito diciéndole que era un regalo. Y Antonio no se amedrentó y se largó al oral, el cual lo aprobó con un miserable cuatro. Pero se sacó de encima una materia que no le gustaba, no le interesaba para sus estudios y de la cual no sabía un pepino.

Para terminar vale recordar una anécdota con el Jefe Gilbert. Ocurrió cuando éste lo llamó para decirle, casi en secreto, lo siguiente:

-“Acosta, cuando yo lo llame con un timbre, usted viene a mi despacho. Si yo estoy reunido con otros oficiales les preguntará que quieren tomar y pedirá del Casino de Oficiales que traigan para cada uno lo que quiera tomar y -ya sabe- que a mí me traerá el té frío de siempre”.

El té frío no era otra cosa que una taza de whisky escocés que se guardaba en un armario, cerrado bajo llave, en la oficina donde trabajaba Antonio y que sólo él podía abrirlo y estando a solas sin la mirada de terceros. El Teniente Coronel se tomaba tres o cuatro tazas todas las mañanas y no se ponía en “pedo” ni de cerca. Gracias a esta complicidad -delictiva para el código militares que Luis conseguía periódicas licencias por estudios o para rendir parciales, lo cual le permitía no solamente estudiar sino sobre todo poder alejarse del ambiente cuartelero, al que a los tres meses de vivirlo ya lo estaba odiando. Antonio sentía como que el tiempo no pasaba y hasta llegó a tener la fantasía aterradorante que iba a ser soldado de por vida, que la baja no llegaría jamás para él. Esto en algunas oportunidades se convertía en un nudo inaguantable, al que lo sentía en la garganta y creía que se ahogaba por la falta de respiración, era una cosa opresiva que le llenaba el alma y hasta se despertaba en medio de la noche con pesadillas en las que veía -reflejado en un espejo pésimamente azogado y astillado- a un viejito con una larga barba blanca, canoso y vestido

con uniforme verde oliva en donde aparecían, cerca del hombro, empequeñecidas y sucias las siempre odiadas tiras de los despreciables Cabos. Era como que el tiempo se le había convertido en una infinidad cósmica de la que nunca regresaría.

CAPÍTULO 7

EL DERROCAMIENTO DEL PRESIDENTE FRONDISI

Y llegó un día en que en la colimba, como en el país, se le acabó -temporariamente- la buena vida, esa de llegar alrededor de las dos de la tarde a su casa, almorzar junto a sus padres la rica comida que les había hecho su mamá, luego dormir una breve y reparadora siesta para después ir hacia la Facultad. Esto siempre y cuando no encontrara un picadito de fútbol que se le interpusiera por el camino de la sabiduría y lo hiciera olvidar de las clases que debía tomar, como así también a las lindas compañeras.

Ese día fue un triste 28 de marzo de 1962. En realidad, desde unos días previos a esa fecha ya se venía rumoreando que algo raro estaba pasando política y militarmente en el país. Inclusive, los soldados del vecino Grupo de Artillería Antiaérea habían sido acuartelados para la mañana del 25 de ese mes. Al respecto, es preciso recordar que el Grupo de Artillería local estaba lleno de golpista, su oficialidad, a las órdenes de un Coronel que -poco tiempo más tarde- se incorporaría a lo que se denominó el grupo de militares denominados “colorados” en una larga disputa política interna contra los militares “azules”, que se la daban de constitucionalistas.

En el país hubo elecciones legislativas y de algunos gobernadores el 18 de marzo -en aquellos comicios- triunfaron varios candidatos a gobernador de extracción peronista y, el que más irritó a un sector reaccionario de militares, fue Andrés Framini, en la populosa e -importante electoralmente- Provincia de Buenos Aires. Framini era un hombre de vasta trayectoria como combativo dirigente sindical en el gremio textil. Un numeroso grupo de militares golpistas presionaron a Frondizi para que desconociera el resultado de las urnas, cosa a la

cual -obviamente- el Presidente se negó. Y el 29 de marzo fue la fecha cuando Frondizi fue derrocado por un golpe de Estado que fue encabezado por los sectores militares más reaccionarios.

Un día antes, el 28 de marzo, a Antonio no le permitieron la clásica salida al mediodía y la Guardia del Comando le comunicó que debía presentarse bajo acuartelamiento en las instalaciones de su Compañía que, como señaláramos, se ubicaba al interior de las instalaciones del Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea 161. Al intentar pasar por la Guardia del Grupo, saludando afectuosamente al par de soldados apostados en el lugar, se encontró con que en su lugar estaban apostados un par de ceñudos suboficiales que le pidieron autoritariamente una identificación de su pertenencia a la Compañía Comando, mientras que su cuerpo era apuntado por un par de fusiles. Luego de escudriñar en profundidad por un par de minutos le permitieron ingresar, aunque solamente podía hacerlo escoltado por un soldado de la guardia para que fuese directamente a su destino.

Hizo los trescientos o cuatrocientos metros que lo separaban de la barraca del puesto de guardia hasta su Compañía viendo a ambos lados de su paso a soldados -que eran semejantes a él- disfrazados con ramas sobre sus cascos, aunque tales disfraces no ocultaban los amenazantes fusiles que -en la paranoia que generó en Antonio la situación- creyó que solamente aquellas negras bocas apuntaban contra su afebrada cabeza. Asimismo alcanzó a observar que se habían destruido algunos jardines para cavar trincheras en las cuales también estaban parapetados otros soldados mientras sus oficiales y suboficiales caminaban y gesticulaban nerviosamente alrededor de ellos, dándoles confusas órdenes a sus subordinados.

Luego de esta travesía por entre los jardines del Grupo -trayecto que le pareció una eternidad por estar atravesándolo con miedo- fue abandonado por sus cancerberos unos veinte metros antes de su Compañía. Allí se encontró con un panorama semejante al anterior, pero con la diferencia que las caras que rodeaban al edificio eran conocidas y lo recibieron con chanzas y cargadas acerca que ahora iba a ser milico, como ellos. Inmediatamente un Suboficial le dijo que

subiera al pabellón para ponerse la ropa de fajina y -luego de cambiarse- le puso en sus manos un Fusil Automático Ligero (FAL) cargado.

Antonio no tenía la más puta idea de cómo usarlo, pero no se atrevió a preguntar cómo se hacía por dos razones. Primero porque no quería pasar por un recluta boludo y, segundo, porque aunque supiera como usarlo no pensaba disparar con ese arma, ya que él era un pacifista por principio.

Pues bien, Antonio bajó los escalones que lo separaban de la calle interna con el FAL entre sus brazos y -ni bien llegó al pie del edificio- un Suboficial, armado hasta los dientes, le ordenó hacer cuerpo a tierra detrás de un montículo que ese día -o quizás el anterior- habían cavado al frente de una de las Compañías del Grupo, de manera tal que apuntaban contra ella, que estaba ubicada a menos de cien metros de distancia y que, a su vez, les estaban apuntando a ellos.

En ese lugar le ocurrieron dos episodios que nunca dejaría de recordar y que lo llenaban de sentimientos contradictorios. El primero de ellos surgió cuando mientras hablaba pavadas con otros compañeros tirados en el suelo cerca de él, en esos momentos apareció un Sargento alto y pelado bastante antipático llamado Peralta y, sorprendentemente para los soldados, les dijo:

“¡Reclutas!, ustedes no tienen la más puta idea sobre el manejo de armas, entonces no intenten usarlas. Si vienen hacia aquí las tropas enemigas ustedes se ponen de pie con los brazos en alto, se rinden y se entregan a ellos. En el caso que el enemigo abra fuego sin decirles nada, algunos de ustedes se sacarán una camiseta blanca y la atan en la punta de los fusiles”.

A Antonio estas palabras lo sorprendieron, le resultaron inauditas que salieran de la boca de un suncho. Jamás pensó que un milico fuese capaz de pedirles que se rindieran, era algo que no entraba en su esquema de categorización de esos personajes a los cuales los consideraba como infrahumanos. A partir de aquel episodio revalorizó al Sargento Peralta, que más que un milico parecía ser un hombre.

El segundo episodio que se mantuvo imborrable en su memoria sucedió poco momentos después del anterior. No muy lejos de su posición estaban apostados tres o cuatro compañeros a los que no conocía, ya que eran oriundos

de la zona rural de San Luis. En un instante y sorpresivamente uno de ellos levantó su cabeza por sobre el montículo de tierra y, furioso, le espetó a uno de sus compañeros del poblado del cual eran oriundos:

-“Mirá, ahí enfrente, entre los soldados de la Batería del Grupo, al lado de donde está el Principal...”

Y el otro respondió:

-“¿Qué Principal?”

-“El Principal petizo que no sé como se llama. Ahí está el hijo'eputa del Negro Garay, es el hermano del turro ese del Facundo, el que le robó la mina a mi primo, el Gringo. En cuanto lo tenga en la mira le meto un tiro en el mate y lo hago cagar. Ahora va a llorar el hermano”.

El comentario de este colimba lo dejó boquiabierto, sorprendido, estupefacto, no podía entender ese nivel de bronca, agresividad y ganas de matar por parte de una persona. Pensó que en nada se justificaba por la falta de educación -ni por el origen rural- para tener esa brutalidad. No podía hacer encajar este episodio dentro de los cuadros marxistas del materialismo dialéctico. Aunque, años más tarde, fue capaz de darle una interpretación al hecho en cuestión.

La cuestión es que la “cosa” -la sublevación de los militares golpistas- no pasó a mayores ese día, no hubo tiroteos ni cosa por el estilo. La situación estuvo calma, aunque los oficiales y los suboficiales estaban inquietos, como si de inmediato estuviesen por entrar en combate; es que a ellos les gusta eso de jugar a los soldaditos y los vuelve locos de contento poder aprestarse para la lucha. Sin embargo, llegadas las últimas horas del atardecer ordenaron que en pequeños grupos la tropa fuera a comer el rancho rápidamente. Esta medida fue tomada para mantener constantemente a la mayoría de los colimbas aprestados para enfrentar a los “enemigos”, que no eran otros que los oficiales y suboficiales con los que habían estado chupando unos vinos -o unos whiskys- hasta un par de días antes en sus respectivos casinos.

Esa noche Antonio fue mandado con una orden altisonante por un cejijunto suboficial -a quien no reconoció detrás de esas espesas cejas negras- a cubrir un puesto de imaginaria en un lugar sin importancia estratégica militar alguna,

como era el galpón de una caballeriza. Realizó el trayecto entre su Compañía y el galpón donde se guardaban los caballos -en una noche más cerrada que culo de muñeca- bastante asustado por temor a recibir un balazo de algún soldado del Grupo desprevenido por sus ruidos al caminar en medio de esa oscura noche; a él le tocaba cubrir el servicio entre las 23 y las 2 del día siguiente. Al llegar a las cercanías del lugar gritó el santo y seña que le había dado el cejijunto suboficial, el que le explicó que esto era con el objeto que el soldado apostado como imaginaria que estaba allí lo reconociera. Cuando se encontraron los dos soldados el otro comenzó a pasarle “el parte” de cómo estaba situación adentro del galpón:

-“*Hay ‘tantos’ caballos, ‘tantas’ yeguas, ‘tantos’ potrillos, ‘tantos’ fardos de pasto, ‘tantos...’ y...*”, y continuó con su retahíla de “tantos” un rato más.

Los repetitivos “tantos” -con que se expresaba el soldado que esta apostado adentro del galpón- terminaron por marear a Antonio; le habían explicado, antes de partir hacia el galpón-caballeriza, que él tendría que tener la misma cantidad de cosas que le informaron cuando entregara el puesto de imaginaria al miliquito que lo fuese a reemplazar a las 2 de la mañana. Entonces se angustió un poco al pensar que cuando lo vinieran a relevar tendría que repetir las cifras que le habían dado. No tuvo más remedio que tomar fuertemente entre sus manos la linterna que le había pasado quien lo antecedió y con ella aferrada, como si temiese que algún fantasma se la arrebatará, comenzó a recorrer la improvisada caballeriza intentando descerrajar la incógnita de qué tipo de animal había en cada uno de los boxes y cuántos de cada uno de ellos.

Pero después de deambular por el lugar cerca de una media hora con la linterna iluminando espacios oscuros y, además, nauseabundos, llegó a sentirse como el filósofo Diógenes Laercio -nada que ver con el perro compañero del “Linyera”- , quien recorría las calles de Atenas durante el día con una lámpara encendida buscando hombres honestos... sin encontrarlos. Rápidamente advirtió que esto era un delirio y que la diferencia entre Diógenes y él era bastante amplia, por un lado Diógenes era un filósofo de verdad mientras que Antonio era un aficionado a la filosofía y, sobretodo que -por otra parte- mien-

tras Diógenes deambulaba con una lámpara encendida por la calle durante el día buscando hombres honestos él lo hacía durante la noche buscando equinos para contabilizarlos y, a la vez y antes que nada, tratando que los animales se portaran bien y que no se escapara ninguno de ellos de su box.

Obvio es que no pudo llegar a constatar dato alguno acerca de las existencias en la caballeriza y Antonio sabía que al colimba -que llegase a reemplazarlo en el puesto de imaginaria- le tendría que pasar las novedades de lo ocurrido en la caballeriza durante su estadía en el puesto. Como no tenía no recordaba ni la más pálida idea de lo que le había dicho su antecesor y ni siquiera pudo contar absolutamente nada, entonces no tendría más remedio que recurrir a una de las estrategias que aprendió en su corta estancia en el cuartel, es decir, mentir.

Estaba entretenido en esas reflexiones, pensando que muy probablemente su antecesor también le había mentido, con lo cual se justificaba su futura mentira. Y de tanto reflexionar simultáneamente veía que el tiempo demoraba demasiado en pasar a esas horas de la noche. Sabía muy bien que un soldado apostado no se podía sentar y mucho menos se le dejaba dormir; sin embargo el aburrimiento se convirtió en modorra y no pudo dejar de caer en la tentación de sentarse en un fardo de pasto. Como es fácil imaginar al poco rato se acostó sobre un par de fardos -por entonces los fardos tenían la forma alargada de un cuadrado- y pocos minutos más tarde se quedó totalmente dormido, pese a sus esfuerzos por resistir la llegada del sueño.

No supo cuanto tiempo había pasado hasta que se despertó sobresaltado por un persistente ruido, de inmediato se puso de pie sacudiéndose la ropa de fajina para que no queda hebra alguna de pasto que lo delatara de su agradable sueño. Sospechó que el ruido procedería de alguna patrulla que andaría de rondín, pero poco a poco observó que el ruido no venía del exterior, sino que era del interior de la caballeriza. No sabía a qué se podía deber aquel ruido, pero estaba obligado a averiguarlo. Así fue que comenzó a caminar por el pasillo central de la caballeriza con la linterna iluminando a ambos lados del pasillo hacia el interior de los boxes hasta que sorprendido observó que el sonido

provenía del interior de un box donde estaba ubicado un tordillo grandote que dormía de pie y... que roncaba como si estuviera solo disfrutando del mejor de los mundos encantados por Morfeo, aquel dios de los sueños venerado en la antigua Grecia.

Antonio no pudo dejar de sonreírse, para sus adentros ya que estaba en solitario, al pensar que solamente a un chiflado como él se le ocurriría hacer -en ese lugar con un olor profundo a bosta de caballo mezclado con el que agradable perfume que salía de la alfalfa que contenían los fardos- en el transcurso de poco tiempo dos evocaciones de un pensador de la Antigua Grecia y de un personaje de la mitología de aquella cuna de la cultura.

Y -justamente entonces- Antonio no pudo dejar de reflexionar acerca de una paradoja entre el espacio en que se hallaba pensando en uno de los países donde comenzaron a tener lugar

vigencia los Derechos Humanos y ahí, que era donde los oficiales del Comando guardaban los animales con los cuales practicaban, los fines de semana, equitación y algunos hasta hacían saltar a sus ocasionales víctimas de cuatro patas. En esos momentos Antonio no pudo dejar de hacer un paralelismo entre los saltos que les hacían cubrir a los equinos con los saltos de rana a los que obligaban a los soldados; ambos respondían a los caprichos de quien se los ordenaba y Antonio no pude dejar de reflexionar sobre la vocación autoritaria de los “milicos” de profesión.

Es verdad se podrá argüir que Antonio “reflexionaba” demasiado mientras cumplía con sus obligaciones de imaginaria, pero es que no tenía otra cosa que hacer mientras estaba rodeado de caballos, yeguas, potrillos y potrancas. Y dado que no quería continuar con esa tarea intelectual mientras lo invadían las ganas de dormir, entonces resolvió regresar a su improvisado lecho de pasto para continuar echándose un sueñito hasta que llegara su relevo. Más el sueño no duró mucho -o al menos es lo que creyó él- ya que hubo un momento en que despertó alarmado por los gritos de alguien que repetía sin parar el santo y seña previsto para esa noche. Primero se asustó creyendo que podía ser un suboficial que lo pescaría in fraganti, pero de inmediato advirtió que era su

relevo. Miró su reloj pulsera y advirtió que había dormido más de una hora y prestamente se dirigió a la puerta del galpón devenido en caballeriza para encontrarse con el milico y notó que a este lo conocía bien, al menos por su nombre. Tal como había planeado le dio una cifra aproximada de la cantidad de animales y fardos de pasto en el lugar y se despidieron estrechándose las manos como si se conocieran desde la infancia.

Antonio retornó con rapidez y con el sigilo que le permitían los lugares que pisaba y que en la oscuridad desconocía con rumbo a su Compañía, esto es en medio de la misma noche cerrada que lo había visto dirigirse a la caballeriza, ahora lo veía recorrer el camino contento, ya que estaba seguro que lo esperaba un sueño reparador. Efectivamente, así ocurrió.

A la mañana siguiente lo despertó el estridente y cargoso toque de diana y luego de realizar la rutinaria tarea de tender la cama, ir al baño a lavarse la cara y a cambiarle el agua a las aceitunas y luego preparar sus enseres para el desayuno.

Cuando marchaba junto a algunos de sus compañeros hacia el comedor se corrió entre la tropa y el cuadro de suboficiales la noticia que el Presidente de la Nación, Dr. Arturo Frondizi, había sido depuesto -por el sector rebelde de las Fuerzas Armadas que días antes se habían alzado- y uno de esos oficiales asumió la Presidencia de la República. La novedad produjo reacciones de alegría por parte de algunos suboficiales, a los que siguieron gritos desmesurados de semejante algarabía por parte de algunos soldados que -a los que él ya conocía- le tenían bronca a los radicales y eran conocidos en San Luis como los “lomo negro”; todos ellos eran miembros del Partido Demócrata Nacional. Antonio se llenó de indignación, si bien él no era Radical Intransigente, tampoco era golpista. Creía a pies juntillas en el respeto a las leyes y, fundamentalmente, por el respeto a la Constitución Nacional.

Este trágico acontecimiento político e institucional entristeció a Antonio, aunque le quedaba la satisfacción de no haber estado del lado de quienes derrocaron a Frondizi. No asumió un General, sino que lo reemplazaron por un títere como fue José María Guido -único presidente civil que asumió tras un

golpe de Estado militar- y lo enviaron prisionero a la Isla Martín García, la que fue conocida, en adelante, como YPF, porque allí estuvieron detenidos los derrocados presidentes Irigoyen, Perón y Frondizi-. Aunque la participación de Antonio nunca hubiera sido determinante en el resultado de los hechos él se sentía feliz por no estar alistado junto con los “colorados”. Guido juró como Presidente el 30 de marzo ante la Suprema Corte.

Pero los avatares políticos y militares -siempre con la complicidad de civiles- no terminaron con el episodio del derrocamiento de Frondizi, continuarían más, muchos más y mucho más terribles, más crueles y más trágicos, los que con otro protagonismo -políticos, aunque encubiertos por razones estratégicas que dispusiera su organización partidaria- lo tendrían a Antonio como protagonista accidental en la historia argentina.

CAPÍTULO 8

UN NUEVO DESPELOTE MILITAR

Después de haber derrocado a Frondizi, las Fuerzas Armadas se dividieron definitivamente en dos bandos enfrentados entre sí, que no fueron otros que los que comenzaron a dibujarse para el 29 de marzo de 1962, es decir, los “azules” que decían ser constitucionalistas y estar aferrados a la ley y los “colorados”, que se creían con poderes omnímodos, ya que podían remover a los gobiernos que no se ajustaran a la expectativas que ellos tenían de lo que debía ser la Nación.

De tal modo unos veinte días después del derrocamiento del gobierno de Frondizi y de haberse producido su reemplazo por el Presidente de la Cámara de Senadores -José María Guido, quién pasaría a la historia por ser el Primer Mandatario con menos votos en su haber: 3000 aproximadamente por la Provincia de Río Negro- nuevamente Antonio fue acuartelado cuando estuvieron a punto de enfrentarse azules y colorados en la guarnición bonaerense de Campo de Mayo. Este acuartelamiento fue breve ya que el Presidente Guido fue capaz de acordar con los generales que se disputaban el poder del Ejército.

Así fue que el acuartelamiento de Antonio duró lo que un pelado en la nieve y rápidamente retornó a sus tareas habituales en el Comando, aunque con esto no terminaron los enfrentamientos entre distintos sectores de la Fuerzas Armadas. El más notable y el que mejor recordaba Antonio fue el que se produjo en setiembre y en el que los “azules” vencieron a los “colorados” con fuertes combates en Campo de Mayo y en la Base de Punta de Indio. Asimismo, Antonio no pudo dejar de observar que desde los primeros días del mes se sucedían nerviosas reuniones de los jefes de divisiones, como así también entre

oficiales de más bajo rango; otro tanto supo que pasaba algo semejante entre los suboficiales.

Cerca del día 20 -o quizás uno par de días anteriores- Antonio regresó a su domicilio al mediodía y luego de almorzar aprovechó el calorcito primaveral para subir a la terraza de su casa llevando unos apuntes para estudiar bajo el cálido sol que reinaba por entonces.

En tal menester estaba -sentado en una silla- cuando vio que pasaron unos tres de camiones del Ejército cargados de soldados, entre los cuales reconoció a algunos compañeros de su Compañía. No pudo dejar de sospechar que se dirigían hacia Mendoza y rápidamente bajó la escalera para encender la radio a fin de saber que estaba ocurriendo. Entonces se enteró que “su” Comando huía en dirección de la Octava División de Montaña, la que permanecía leal a sus mandos “naturales”. Con la noticia se sorprendió y no supo que hacer, ya era tarde para presentarse ante la Compañía y lo llamó a su padre para consultar que podía hacer, mientras escuchaban las transmisiones; él tenía miedo de ser considerado desertor, pero simultáneamente temía ir al cuartel y ser detenido por efectivos del Grupo, los que seguramente lo meterían en un calabozo. Después de un rato escucharon que el comandante del Tercer Cuerpo ordenaba a los soldados y suboficiales que estuviesen de franco que se presenten de inmediato en las puertas del Comando. Luego de algunas disquisiciones entre ambos resolvieron que su papá lo llevara en auto y que lo esperaría en las inmediaciones... vaya uno a saber para qué diablos, pero lo esperaría ahí para ver qué pasaba.

Poco antes del anochecer y luego de ponerse el uniforme -previos montones de besos de la mamá- se fueron padre e hijo hasta el cuartel- Antes de llegar hicieron una recorrida por los alrededores de las instalaciones militares para ver si no habían despelotes y, constatado que sólo vieron refuerzos de guardia y entonces él se despidió del padre dirigiéndose hasta la entrada de atrás de “su” Comando. Estaba apostado un soldado al que apenas conocía, aunque el otro lo reconoció, lo hizo pasar de inmediato y enseguida el centinela le comentó lo que ocurría y le dijo que tenía que ir a presentarse ante el Teniente Coronel

Cordero que -como no podía ser de otra forma con ese apellido- era el Jefe de la División a cargo de la colección de animales que tenía ese Cuerpo de Ejército -es decir, la Dirección de Remonta y Veterinaria- y que es quien quedó a cargo de la pequeña tropa presente. Había solamente cuatro soldados sin contar a Antonio, tres suboficiales y dos oficiales contando al “corderito” y al Jefe de Estado Mayor, el Coronel Aneca. Así fue como se presentó ante Cordero y este -sin pedirle explicaciones sobre su tardanza en llegar- que ya lo conocía por su quehacer en el Comando, le indicó que se presentara en el segundo piso ante el Coronel Aneca.

Al llegar al despacho de Aneca no lo encontró ahí y por un teléfono interno le preguntó a Cordero donde podía encontrarlo y aquel de disculpó por no avisarle que Aneca había ocupado las oficinas del General Naveiro. Antonio se dirigió al lugar en el mismo piso y luego de golpear la puerta recibió la enérgica orden de “Pase”, eso hizo y se encontró con un tipo enfrascado ante la gran mesa del despacho cubierto por un enorme mapa del país sembrado de banderitas azules y coloradas, las cuales Aneca cambiaba de posición según los datos que recibía telefónicamente. Luego de unos minutos en que permaneció en posición de firme Aneca lo miró y le ordenó que tomara la posición de descanso, a la vez que le dijo que a partir de ese momento Antonio se convertiría en su soldado de órdenes, lo que en buen romance pasaría a ser su sirviente, preparar y servirle el café y esperar que lo mandara a cualquier lado a hacer cualquier cosa. Pero más allá de eso, lo bueno vino cuando le comunicó que no debería hacer guardia, ya que tendría que estar todo el tiempo junto a él.

Esa no fue la última buena noticia que recibió ese atardecer. Luego de comer juntos una frugal comida que les trajo un Cabo desde la cantina el Coronel le dijo que cuando terminara de limpiar y prepararle el café, podría irse a dormir a la contigua habitación del General, eso sí debía dormir con los oídos bien abiertos porque él iba a dormir en un sofá dentro del salón esperando alguna llamada del Comandante a ese número que era el único que no estaba intervenido; pero como tenía sueño profundo era posible que no oyese el timbre del teléfono, por lo que Antonio debería estar alerta para levantarse y atenderlo de inmediato.

Antonio aún no podía creer en su suerte, mientras los otros cuatro soldados ocupaban los dos puestos de guardia y el resto de la Compañía estaría cagándose de frío en la cordillera, él estaría acostado muy cómodo en la cama del General y hasta usando su cuarto de baño privado. A las 24 horas el Coronel le dijo que se fuera a dormir y que no se olvidara de estar atento al sonido del teléfono. Eso hizo, aunque previo a dormir no pudo resistir la tentación de darse un baño en la bañera del General.

Lejos estaba el soldado Acosta de sospechar que este intríngulis desopilante de hechos en el futuro le serviría para contar a amigos y parientes tres anécdotas que son por demás divertidas.

Cuando terminó de bañarse no tuvo la mejor idea de abrir la ventana del dormitorio -que daba al Casino de Oficiales- y se encontró con que desde allí le apuntaba una ametralladora puesta en el suelo y que la misma estaba siendo manipulada por un íntimo amigo de la Universidad, el “Gringo” C., quien tuvo la desgracia de ser incorporado por el Grupo. Cuando se reconocieron no tuvieron mejor ocurrencia de saludarse efusivamente con los brazos. Hasta aquí ni cosa que contar, pero lo tragicómico ocurrió cuando terminaron las “acciones bélicas” y el Gringo fue a buscarlo a su casa y le contó que le habían metido tres días de calabozo por hablar con el enemigo. ¡Cosa de milicos brutos! Pero las anécdotas no finalizaron ahí y ahora viene la segunda.

Antes que Antonio se metiese en la cama a apolillar, tuvo la discreción de dejar la puerta entreabierta para oír el sonido del teléfono y entonces vio al Jefe del Estado Mayor durmiendo doblado sobre un sofá, lo cual no dejó de hacerle gracia, ya que el otro siendo todo un jefe dormía incómodo, mientras que él -un simple soldado raso dormiría cómodamente. Como a eso de las cinco de la mañana oyó sonar el teléfono en el despacho contiguo y se levantó de inmediato -sin reparar que estaba en calzoncillos- y antes de pasar al salón miró a hurtadillas a su interior. Grande, enorme fue su sorpresa al observar a un Coronel atendiendo de pie el teléfono, vestido con camiseta de frisa, calzoncillos largos y... botas de caña alta, más aquí no termina el ridículo. El tipo tenía el tubo del teléfono junto a la oreja y a la par se cuadraba cada tanto diciendo:

“*Sí, mi General*”, y, luego de seguir escuchando las noticias un “*Entendido, mi General*”.

Y mientras decía eso, cada vez que terminaba de pronunciar la palabra “General” se cuadraba y hacía sonar con los tacos de sus botas un chasquido. El espectáculo era propio de una parafernalia, esto es por la comicidad del ritual solemne de dirigirse a un superior, haciendo ostentación de respeto para el que estaba del otro lado de la línea escuchara el sonido de los taconazos de su interlocutor.

Y ahora viene la última anécdota de Antonio, con la cual se terminan sus “aventuras” en un episodio por demás triste para la historia cívico-militar en el país... aunque divertidos para él que con los años pudo contárselos a tutti quanti.

Pasados tres días sin otra rutina en el cuartel que atender las demandas del Coronel y una guardia que le asignaron a primeras horas de una noche. Lo interesante de esa guardia fue que cuando lo apostaron en la puerta principal del Comando el Sargento que lo apostó le dijo que si veía que venía alguien del Grupo no opusiera resistencia y que se rindiera con los brazos en alto. Pero esto fue una pavada, lo interesante vino más tarde.

Al regreso de las tropas y de la oficialidad se retornó a los quehaceres cotidianos del Comando. El primer día del regreso de las tropas a Antonio le ordenaron que tomara su moto y que llevara unos paquetones de expedientes a la Casa de Gobierno; como eran muchos y muy grandes y temía que le cayesen por el comino solicitó que le asignaran otro soldado para que lo acompañe y le asignaron al soldado O., quien llevaría bajo sus brazos los paquetes. Al salir, ambos montados en la moto, y dentro de la calle de acceso del Comando se cruzaron con el Suboficial Principal Miglieta quien les ordenó detener la marcha y descender de aquella. Entonces -a los gritos- les preguntó porque no lo habían saludado militarmente. A dúo intentaron explicarle que iban cargados de papeles, pero el “Flaco” Miglieta no quiso escuchar explicaciones y de inmediato los mandó a hacer cuerpo a tierra. Sin ponerse de acuerdo, Antonio y O. se tiraron al suelo dejando que se desparramaran los papeles por el pavi-

mento y no perdieron la oportunidad -disimuladamente- dejar que se arrastrasen por el piso el papelerío ante cada nuevo pitazo del Principal. Y cuando el tipejo terminó con el baile para los dos, dijo:

“Y usted, soldado Acosta, por cobarde, por no haber ido con sus compañeros al combate, se me va haciendo salto de rana hasta la guardia (ubicada como a 50 metros) y les dice que por orden mía lo lleven una semana al calabozo”.

Antonio temblaba de sólo pensar primero en la tortura de hacer el recorrido saltando como un sapo y luego en lo que sería la semana de calabozo. Pero, créase o no, cuando ocurría este episodio no tuvo mejor ocurrencia que pasar por el lugar el Coronel Aneca quien interrumpió en seco las palabras del Principal con:

“Suboficial Principal Miglieta ¡deténgase!”.

Y el “Flaco” se cuadró y escuchó atentamente la filípica que se le venía, sabiendo que el Coronel continuaría con algo así:

“El soldado Acosta no es un cobarde. Estuvo los tres días a mis órdenes protegiéndome del enemigo. Vea el desastre que ha provocado en los expedientes que llevaban los soldados con su acción. Le ordeno que se presente inmediatamente en mi despacho. En cuanto a ustedes dos pónganse de pie y lleven los expedientes a las respectivas oficinas de donde salieron para que los vuelvan a compaginar”.

Así fue como Miglieta, rojo de vergüenza, debió cuadrarse y responder solamente con un:

“Sí, mi Coronel” y se retiró del lugar.

Antonio y O. disfrutaron la escena y aunque no podían siquiera esbozar una sonrisa, por dentro estaban muertos de risa y pudieron soltarla cuando se alejaron y disfrutaron el papelón de Miglieta con otros colimbas que vieron lo sucedido desde lejos. Estaban seguros que a Miglieta le metería varios días de arresto, lo cual complicaría, en su foja de servicios, sus ansias por obtener las tiras de Suboficial Mayor.

CAPÍTULO 9

OTRA EXPERIENCIA DIVERTIDA EN UN ALZAMIENTO MILITAR

Adelantándonos en el tiempo que debió soportar Antonio en la puta colimba, nos referiremos brevemente a una experiencia insólita que tuvo Antonio cuando se produjo el alzamiento de la Fuerza Aérea en la ciudad de Córdoba, la cual estuvo dirigida por el Brigadier Cayo Antonio Alsina en diciembre de 1962. Entonces unos veinte oficiales de la Aeronáutica, encabezados por el brigadier Cayo Alsina, se alzaron en contra del presidente Guido, quien contaba con el apoyo del Ejército y de una figura que pintaba fuere: el General Juan Carlos Onganía. Entonces un grupo de aspirantes de la Escuela de Suboficiales de Fuerza Aérea sorprendió a los jefes rebeldes a los que apresó y mantuvo varias horas mirando contra una pared y con las manos en alto. Los aspirantes decían cumplir con instrucciones del Comando de Campo de Mayo.

Para Antonio lo curioso fue que no podía expresar su simpatía para con los jóvenes sediciosos; la misma era producto que uno de ellos era un camarada comunista y que cuatro años después se haría tristemente famoso por su asesinato a las manos de una nueva dictadura militar. Aquel “sedicioso” no era otro que el que pocos años sería homenajeado por el dirigente sindical Atilio Tosco y cuyo nombre señorea en el imaginario estudiantil rebelde: Santiago Pampillón.

Mas avancemos y comentemos el episodio que le tocó vivir a nuestro colimba. Para alrededor del día 10 diciembre fueron acuarteladas las tropas del Comando como consecuencia del alzamiento aéreo en Córdoba y se temía que aviones de la Base Aérea de Villa Reynolds -Villa Mercedes- pudieran atacarlos.

De tal manera Antonio tuvo que quedarse sin salir del Comando y -un

mediodía- mayor fue su sorpresa cuando un Suboficial le indicó que tendría que presentarse en los fondos del cuartel para hacerse cargo de una ametralladora antiaérea que ya estaba dispuesta en el lugar. Antonio -que ya era un bicho viejo en esas lides- antes de ir al lugar pasó por su oficina a recoger un libro de filosofía contemporánea que días antes había llevado por eso de “por si las moscas”.

Con el libraco bajo el brazo se dirigió hacia el lugar indicado y llegado al mismo un Suboficial lo hizo sentar detrás del aparejo mortífero y del cual él no tenía ni la más puta idea de cómo se manejaba. Sin darle instrucción alguna lo dejó apostado en el suelo con las piernas abiertas detrás del aparato apuntando hacia el cielo en dirección hacia el este.

Pues bien, Antonio después de arrojarse en el suelo y -al calor de la siesta veraniega- no pudo dejar de pensar que si no sacaba el libro -que se había metido discretamente debajo de la chaquetilla- y se ponía a leer terminaría durmiéndose. Así que, sin dudarle, dejó de mirar hacia el cielo -cuya luminosidad solar lo enceguecía- y se enfrascó en la lectura del texto de Sartre que había traído, quien era un autor que lo apasionaba intelectualmente.

Lo bien que estaba enfrascado en su lectura, sin darle ni cinco de bola al horizonte que debía vigilar, sintió de pronto que alguien le daba suaves pataditas en la espalda, cosa a la que respondió lacónicamente con un:

“Dejà de joder”.

Más los golpecillos continuaban en su espalda y -ya disgustado repitió lo anterior; pero los golpes no dejaron de insistir y continuaron molestándolo en su plácida lectura. A todo esto Antonio estaba seguro que quien lo jorobaba era un compañero y -entonces- abandonó la mano derecha con que sostenía el libro y, sin mirar para atrás, estiró su mano para agarrarle la pierna al hincha pelotas que lo estaba jodiendo. Y cuando halló la pierna, con sorpresa, se dio cuenta que lo que tocaba no era un borceguí, sino una bota; con temor siguió tanteando hacia arriba y descubrió que era una bota de caña alta. Rápidamente giró su cabeza hacia atrás y no pudo creer que quien estaba a sus espaldas era nada menos que el Comandante del Comando, el General Naveiro.

De inmediato se puso de pie temiendo la peor sanción y -cuadrándose- lo único que alcanzó a balbucear fue:

“Disculpe, mi General”.

A contrapelo de lo que se podría suponer, el General lo único que le dijo es lo siguiente:

“Soldado, sabe utilizar esa ametralladora”.

Ante la respuesta negativa de Antonio solamente le dijo:

“Siga leyendo, soldado” y se retiró dejando boquiabierto a los que lo acompañaban; y mucho más a Antonio, que ya se había visto pasando el resto de su vida en una guarnición del sur del país.

CAPÍTULO 10

UN ARRESTO POR UNA PUTA CARTA

Aquí vale la pena recordar un episodio que le ocurrió con la distribución de la correspondencia dentro del cuartel. Sucedió que un viernes al mediodía le llevó una carta a la oficina del Teniente Coronel Falcón y aquella estaba cerrada y nadie sabía dónde podría estar. El oficial hacía poco que estaba en el Comando y era jefe de una oficina de vaya a saber que mierda.

Habían pasado más de siete meses que Antonio realizaba esa tarea y ya conocía la mayor parte del contenido de las cartas. Esta tenía remitente en la sastrería militar y -por el código que figuraba en su exterior- supo que se trataba de una mísera gorra. Por eso no se preocupó mayormente por no entregarla y la guardó adentro del libro de entregas.

En la mañana del lunes le llevó la carta -junto al libro de recibo- al despacho del Teniente Coronel Falcón y tuvo la mala fortuna que la recibiera el destinatario. Falcón la recibió y al firmar el libro de entregas observó que estaba registrada con fecha del viernes, pero firmó igual y terminado el trámite levantó la vista y midió de arriba abajo a Antonio -que ya advertía que se le acercaba una brava- y sin más le espetó:

“Soldado ¿Esta carta llegó el viernes? Al menos eso es lo que firmé en el recibo”.

Y Antonio no tuvo más remedio que contestar, poniéndose en posición de firmes:

“Sí, mi Teniente Coronel”.

Falcón cada vez se ponía más adusto y que sus ojos lo taladraban como si quisiera hacerle un agujero, a la vez que le requería:

“¿Y por qué no me la entregó ese día?”

Antonio se devanaba los sesos pensando -con rapidez- que carajos le podía contestar y al final comprendió que lo mejor sería responder con la verdad.

“Es que no había nadie en su oficina cuando se la traje a las doce del viernes, mi Teniente Coronel”.

Y aquí fue donde la cosa se puso brava. Falcón se puso de pie detrás de su escritorio, Antonio se dio cuenta que le llevaba más de una cabeza y que era un petizo raquítico al que lo podría acostar de un solo seco a la mandíbula. Sin embargo se avivó que debía dejar ese pensamiento y que solamente debía mirar a su frente para escuchar la filípica que se le vendría encima como una aplanadora, pese a que notaba que el tipo estaba tan tranquilo como un estanque de agua verde. Siempre en posición de firmes escuchó:

“¿Así que el soldadito vino con la carta el viernes y no encontró a nadie aquí? ¿Y por qué carajo no me la llevó a mi domicilio o al Casino?”.

Ante el enmudecimiento del soldado Acosta, Falcón disparó toda su artillería:

“Lo que pasa es que el soldadito se va a la mierda cuando se hace el mediodía y se olvida de sus obligaciones. Podía haberme llevado la carta a mi casa, estuve todo el fin de semana en ella rascándome las bolas y bien que podría haber estado leyendo el contenido de esta carta que es importante para mí”.

Antonio creyó que lo estaba cargando, que le tomaba el pelo con esa larga perorata; con más de medio año laburando con la correspondencia sabía muy bien el contenido de las cartas y que esta venía con el informe de alguna gorra que habría pedido ese petizo energúmeno. Pese a ello no respondió al oficial y se esperaba que sólo le dijese que en el futuro fuese más aplicado.

Sin embargo Falcón le dijo:

“Comuníqueme al suboficial de semana que partir de hoy está sancionado con tres días de arresto. Retírese”.

Antonio se quedó helado, nunca hubiese esperado que por una gorra de mierda le fueran a encajar una sanción semejante. No le quedaba duda alguna que el tipo ese era pariente del tristemente famoso Coronel Falcón, aquel que un anarquista mató arrojándole una bomba a su carruaje. Seguro que debían ser parientes por algún gen de hijos de puta que aún no se había descubierto.

Mientras se retiraba del despacho de aquel reverendo hijo de puta Antonio iba pensando y mascullando sobre las características de señora liviana de cascos que habría sido la madre del Teniente Coronel y -de sopetón- se cruzó con el Principal Miglieta -quien lo tenía entre ojos desde que fue incorporado, porque lo consideraba un cajetilla- y que por entonces revistaba como suboficial de semana en su Compañía.

Aprovechó la oportunidad y cuadrándose ante él le comunicó la novedad de su arresto. Miglieta no pudo menos que reírse a la vez que le decía:

“Ja, ya sabía yo que el soldadito iba a caer como un chorlito y con tres días encanado, ahora lo vamos a poder bailar de lo lindo todas las tardes y a la noche lo vamos a apostar en un puesto de guardia para que se cague bien de frío”.

En ese momento a Antonio se le saltaron los taponos y ya salido de las casillas por la bronca que venía acumulando sin pensar las consecuencias que le traerían sus dichos replicó:

“Sí, me metieron tres días en cana, pero m los metió un Teniente Coronel y no un suboficial”.

Y, sin esperar respuesta alguna, saludo militarmente y sin dar lugar a una observación dio media vuelta y se retiró.

Antonio caminaba lentamente aguardando oír la voz trepidante de Miglieta, pero eso no ocurrió. Mientras iba con destino a su oficina no dejaba de pensar cuál sería su tormento durante tres largas tardes y noches. Entonces pensó que no perdería cosa alguna comunicándole la novedad a Rojo, que estaba encajetado con el “flaco” Miglieta.

Eso fue lo que hizo. El Principal Rojo primero se rio y no le dio importancia al hecho, pero rato más tarde volvió a llamarlo a su oficina y le contó algo inesperado: había hablado con el Teniente Coronel Gilbert diciéndole lo que ocurrió con Acosta y que él lo necesitaba en la oficina a la tarde para hacer un inventario y que a primera hora debía de las mañanas tenía que estar en el Comando, caso contrario se le atrasaban las tareas. Pues bien, Gilbert le había dado el conforme y le encargó que le avisara a Miglieta que Antonio solamente cumpliría imaginarias durante la noche, por lo cual debía presentarse en la

Compañía a las 21 y no debería estar apostado hasta más allá de las siete, para tener tiempo de vestirse con ropa de calle y rajar para el Correo.

Haber oído aquellas salvadoras palabras y que le volviera el alma al cuerpo fue una misma cosa, hasta tuvo ganas de besar a Rojo.

Así durante los próximos tres días Antonio se iba al mediodía a almorzar a su casita con sus padres y regresaba prontamente para finalizar con las tareas que no realizó a la mañana y, luego de una breve siesta adentro de la oficina se iba con Rojo a jugar a la pelota a paleta en uno de los dos trinquetes que habían en el Comando. Posteriormente se duchaba en un baño limpio, comía en la cantina del lugar un suculento sándwich de salame con una Coca Cola y después de eructar tres veces marchaba a ponerse a las órdenes del Sargento Peralta que le había previsto hacer de imaginaria en las caballerizas en el último turno, así quedaba listo para irse a las siete de la mañana.

Ni dormir en el galpón de la compañía era mucho problema porque ya los compañeros sabían que no tenían que hacer quilombo ni tampoco era cosa inaguantable tener que levantarse antes de las cuatro de la mañana para reemplazar al imaginaria que estaba en la caballeriza. Quien hace de imaginaria no puede dormir, pero a Antonio antes de las cinco le entraba un sueño de película. Entonces en lugar de cuidar a los equinos se sacaba la manta, recogía en fila un par de fardos de pasto y se echaba a dormir como un bendito sobre ellos. Al producirse el cambio de imaginarias el que se iba debía contarle al que ingresaba la cantidad de caballos que había en el establo. Obvio que Antonio nunca los contó, como seguramente hacían los otros milicos así como nunca que él supiera hubiese habido novedades.

Pero la última noche la hubo. Antonio dormía plácidamente sobre su colchón de pasto cuando de pronto un ruido infernal lo despertó: uno -o varios- caballos rompieron a patadas las maderas de sus cubículos y se escaparon de la caballeriza. Rápidamente se incorporó y salió bajo el frío de la gélida noche invernal a tratar de traerlo de regreso. Vanos fueron sus intentos ya que los animales se habían disparado en diferentes direcciones, aunque no podían salir del predio del cuartel.

Antonio esperó impaciente el arribo del próximo imaginaria y cuando este llegó -luego de intercambiar el santo y seña de esa noche- le informó sobre lo que él creía que era el número de animales en la caballeriza. El otro se tragó el dato y Antonio partió con premura hacia su cuadra, temiendo que el nuevo imaginaria se avivara que lo había engañado.

Antonio nunca supo que sucedió con el otro pobre pibe.

CAPÍTULO 11

EL SUBTENIENTE MALDONADO

Un sábado por la noche Antonio -que ya tenía novia- decidieron ir a bailar al Club Universitario, donde se armaban unas milongas bárbaras entre amigos -aunque estaban abiertas a todo público- y en las que los asistentes se divertían como locos bailando al compás del rock and roll.

Lo interesante para relatar en este capítulo es que la novia de Antonio estudiaba Psicología en la Universidad y tenía como compañera -y se hicieron muy amigas- a una chica que era hija del Coronel Recio, quien por esos días ocupaba la jefatura del Comando de Artillería o del de Infantería, o el que fuese, en el Tercer Cuerpo de Ejército, para el caso el Comando sería lo mismo a los ojos de cualquiera que no tuviese algo que ver con la vida interna del quehacer militar... o quizás no tan lo mismo, como ya lo veremos más adelante.

Antonio quedó en pasar a buscar a su novia y luego ambos pasarían a buscar a la chica Recio por su domicilio en el mono bloque del Ejército, donde vivía con su familia en uno de los pisos superiores del edificio. Como nota curiosa digamos que por esa época aquel edificio era en San Luis el único de altura y que tenía ascensor.

Y Antonio salió de la casa de sus padres con el auto que le prestó su papá rumbo a lo de su novia y -ya estando con ella- partieron rumbo al domicilio de la “Chica” Recio (cuyo nombre, después de cincuenta años, ya no recuerda, por eso la llamaremos la “Chica”). A todo esto cabe aclarar que Antonio salió de su casa vestido de milico -previsor como era- aunque en el asiento de atrás del automóvil llevaba la pilcha de civil, para poder largarse a bailar cómodamente en la fiesta.

Llegados al mono bloque Antonio se bajó del auto -por eso iba vestido de milico- para llamar por el intercomunicador al departamento de la “Chica” diciéndole que ya estaban listos y esperándola abajo para ir al baile. Mayúscula fue su sorpresa cuando escuchó que quien atendió la llamada era el Coronel, quien los invitó a subir al departamento a esperar a su hija, que aún no estaba lista para salir. Antonio no pudo menos que responder con el clásico “Sí, mi Coronel” y corrió hasta el auto a buscar a su novia para subir juntos a lo de la “Chica”.

Es obvio indicar que cuando Antonio y su pareja intentaron ingresar al edificio para subir al ascensor de inmediato fueron interceptados por un cejijunto suboficial que les dijo que el soldado no podía entrar, a lo cual Antonio le respondió que estaban invitados por el Coronel Recio. El suncho, como era de esperar, dudó de las palabras del soldado e, inmediatamente, llamó por el teléfono interno al departamento del Coronel y luego que aquél le confirmara la autorización, les franqueó el paso hasta el ascensor.

Antonio estaba muy nervioso de sólo pensar en cómo lo trataría el Coronel al ver que quien venía a buscar a su hija era un miliquito que, para colmo de males, traía los borceguíes rotos ya que calzaba 46 y, el único par que tenían en el depósito, y era ese el que le entregaron. Y llegaron al piso donde estaba el departamento, Antonio ni siquiera se atrevió a tocar el timbre y le pidió a su novia que lo hiciera; quien atendió a la puerta fue la madre de la “Chica” que de rápidamente le dio un beso a la novia y le extendió la mano a él y, de inmediato, apareció el Coronel, ante el cual Antonio se cuadró y lo saludó militarmente con un enérgico “*Buenas noches, mi Coronel*”. Fue éste quien aflojó la tensa situación que sufría Antonio diciéndoles -cordialmente- “*Tome asiento señorita y usted también Acosta, voy a apurar a mi hija*”.

Mientras esperaban a la “Chica” la madre dispuso una bandeja para servirles a los invitados un refresco y el Coronel se servía un whisky -de pie- le preguntaba a Antonio por qué no iba de civil a la fiesta, ya que es más cómodo. El muchacho comenzó a tartamudear y el Coronel sin esperar respuesta le dijo que él lo autorizaba, por lo cual le indicó que cuando salieran Antonio fuese a su casa a cambiarse.

Lo que no sabía el Coronel es que el soldadito ya tenía previsto vestirse de civil, aunque no en su domicilio sino que lo haría en uno de los vestuarios del Club Universitario.

De tal manera salieron los tres a la calle y se dirigieron al auto subiendo la “Chica” en el asiento de atrás y enseguida vio las ropas de civil de Antonio; entonces la muchacha soltó una carcajada al verlas y no pudo menos que exclamar:

“¡Antonio! lo jodiste a mi viejo, te juro que no voy a decirle nada de esto, me has hecho reír”.

Entre chácharas y chácharas llegaron al Club; Antonio rápidamente se fue con sus ropas empaquetadas hasta un vestuario para cambiarse y a las ropas de colimba las envolvió y las dejó con un amigo que trabajaba en el lugar. Vestido de civil se dirigió al salón de baile y se sentó a la mesa junto con las dos chicas.

Y comenzó la milonga. Antonio bailó con su novia y la otra muchacha lo hacía con estudiantes, pero... apareció el palo en la rueda. Al baile asistió un muchacho –morocho- que de tanto en tanto le hizo señas con la cabeza a la “Chica”, aunque ella no quería bailar con él ya que lo reconoció como un Subteniente que servía a las órdenes de su padre y que desde hacía más de un mes quería entablar una relación con ella, aunque la “Chica” no tenía interés alguno en eso ya que el tipo no le interesaba. Por tal motivo le pidió a Antonio que se quedara sentado junto a la mesa de modo tal que cuando el “morocho” se acercara a la mesa de ellos con rapidez Antonio la llevara a la pista para bailar.

Antonio no tuvo más remedio que aceptar el desafío, a sabiendas que el “morocho” era un superior, aunque se avino a la demanda de su amiga porque lo conocía y sabía que era el hijo de una íntima amiga de su mamá. Esto hizo que se creyera inmune a cualquier represalia por parte del Subteniente Maldonado, pero no fue como esperaba.

Un par de días después del baile Antonio circulaba raudamente con su moto cuando no tuvo mejor idea que traspasar a una motoneta conducida por un tipo de uniforme y no pasó más de una cuadra cuando el tipo lo alcanzó ordenándole detenerse. ¡Vaya casualidad, no era otro que el Subteniente Maldonado!

Una vez que Antonio aparcó (je-je) su moto al cordón de la vereda se puso en posición de firme y saludos:

“Buenas tardes, mi Subteniente”.

A lo que el otro replicó sin siquiera responder al saludo:

“Soldado, preséntese a la guardia para anotarse cinco días de arresto por salir a bailar sin uniforme. ¿Es que acaso alguien lo autorizó?”.

Y la réplica de Antonio fue tajante y hasta mordaz:

“Sí mi Subteniente. Me autorizó el Coronel Recio”.

Tras lo cual Maldonado se cagó de bronca -al menos eso es lo que deseaba Antonio- y poniendo en marcha su motoneta se alejó velozmente del lugar. Y, entre tanto, el soldadito caminaba rumbo a su moto mirando hacia atrás suyo, esto es para evitar que Maldonado pudiese observar por su espejo retrovisor las risas que salían de su boca divertidos con la situación pasada.

CAPÍTULO 12

LA BAJA DE LA MILI

Cuando llegó la primavera Antonio creyó que no habían pasado nueve meses desde su arribo al cuartel, sino que habían transcurridos nueve años; ya se fueron de baja algunos compañeros, un par con problemas de salud, otro porque era pariente del Jefe de Estado Mayor del Comando y unos pocos más que tuvieron la suerte de haber ganado un sorteo para salir de baja. Pero él seguía prisionero de un sistema carcelario perverso que cada día le resultaba más inaguantable; pensó en la posibilidad de escaparse convirtiéndose en desertor, lo planificó escapando al exterior, pero no tenía documentos, dado que la Libreta de Enrolamiento se la retuvieron en el cuartel en el momento de su incorporación. Para colmo no dejó de escuchar las advertencias que -periódicamente y con bastante discreción- les hacían algunos “sunchos” sobre los peligros de la deserción. Los desertores serían juzgados por un Tribunal Militar y seguramente condenados a pasar varios años en alguna guarnición del Ejército, ubicada en el lejano y olvidado sur patagónico. Es obvio que Antonio también desechó la posibilidad de cometer este delito, debido a que tenía muchas probabilidades de no hacerlo perfectamente, tal como él lo tenía pensado y que -en este caso- deseaba ansiosamente que así fuera: estaba podrido de la conscripción.

Y de tal modo, sufriendo cada día más una disciplina que no comprendía para que les podrían ser de alguna utilidad en su futuro a los soldaditos, a la vez que no se aguantaba más las injusticias que observaba a diario que se cometían con soldados que no tenían acomodo alguno por influencias familiares -él era un acomodado, pero gracias a la gestión de su padre- fue pasando el tiempo sin que lo notara y llegó el tres de enero. Esa mañana se enteró que había salido

con el número favorecido para irse de baja de inmediato. No lo podía creer, él no podía tener tanta suerte dentro de aquel ámbito perverso, sacó cuentas y notó que todavía no había pasado un año desde que llegó hasta ahí.

Ahora Antonio volvía a ser un civil que no debería soportar ni responder más órdenes autoritariamente estúpidas que salían -como graznidos- de la garganta borracha de estúpidos autoritarios. No todo fue tan fácil.

A punto de notificarle oficialmente su baja le llegó una notificación que lo dejó helado. De su oficina no se iba a ir él, sino que el que saldría era el soldado Rearte, esto fue porque Antonio tenía registrados tres días de arresto. Pero la parálisis que trajo la mala nueva duró sólo unos instantes.

Antonio sabía que su compañero tuvo varios arrestos y hasta en una oportunidad lo mandaron al calabozo por haberse ausentado un mes de la Guarnición. No dudó en desechar las culpas que le surgieron por implementar una maniobra que pusiera al descubierto las faltas de su compañero de oficina, con lo cual quien saldría de baja iba a ser él. Tampoco le preocupó que lo acusen de botón, eso era irrelevante; Antonio quería irse cuanto antes y lo que tramaba hacer era simplemente poner blanco sobre negro, aunque pareciese una alcahuetería.

Tomada la decisión partió rápidamente hasta la Auditoría del Comando para hablar con quién estaba a cargo de ella, el Mayor Audicio, con el que mantenía una cordial relación, que nunca supo de donde surgió, aunque debe haber sido a partir que siempre le entregó atentamente la correspondencia a la mano. Una vez en el despacho del Mayor se disculpó de interrumpirlo en sus quehaceres y le explicó -sin atenerse mucho a la disciplina militar y dirigiéndose al Auditor por su título académico, como Doctor- explicándole cuál era la situación con la próxima baja y si era verdadero que Rearte tenía una manchada foja de servicio.

Audicio, muy piola él, le dijo que se quedara tranquilo y que iba a averiguar cómo venía la cosa. Sin saber por qué razón Antonio se retiró confiado del despacho, Audicio no le prometió una solución al problema, pero Antonio le tenía confianza.

Y así fue nomás.

Pasados un par de días el Principal Miglieta -con la mejor cara de orto que pudo poner- le comunicó que dentro de unos pocos días se iría de baja, para lo cual le informó que debería tener toda la ropa que oportunamente le proveyeron debidamente lavada y cosida en caso que tuvieran alguna rotura. Ese mediodía en cuanto llegó a su casa le pidió a su mamá que le hiciera el favor de lavarle toda la ropa de fajina que guardaba ahí. Desde entonces continuó con sus tareas de oficinista evitando por todos los medios de meter la pata -como, por ejemplo, perfectos saludos militares- y que podrían retrasar su ansiado escape de aquella cámara del suplicio.

Y luego de un par de jornadas interminables lo llamaron para, ya vestido de civil, entregarle su Libreta de Enrolamiento que le retuvieron contra su voluntad, esto fue el 15 de enero de 1963. Pero antes de acudir a la cita tuvo la prudencia de despedirse de Gilbert y de Audisio; a los sunchos ni tronco de bola. Habían pasado 350 días desde que entró, por años no pudo dejar de pensar que fueron 350 días rifados al reverendo pedo. Su conclusión fue que en casi un año de colimba solamente había aprendido a robar y a mentir... que de algo le iba a servir en el resto de su vida.

Pero aquí no terminan sus anécdotas, las que continuaron por unos días más. Falta la frutilla del postre.

Cuando circulaba con su moto por una calle céntrica debió detenerse en una esquina por un corte de tránsito. ¿Y quién estaba parado allí? Pues el mismísimo Miglieta, el que muy suelto de cuerpo le dijo:

“Acosta, ¿por qué no me llevas hasta el Comando?”.

Y Antonio, sin hesitar le respondió:

“¿Por qué no se lo pedís a la puta madre que te parió?”, continuando su viaje esquivando vehículos.

Fue la última satisfacción que tuvo Antonio de su paso por la colimba. ¡Lo que no fue poco!



EDITORIAL

COLECCIONES

Libros Digitales

Autores Hoy

Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Fichas para el siglo XXI
